

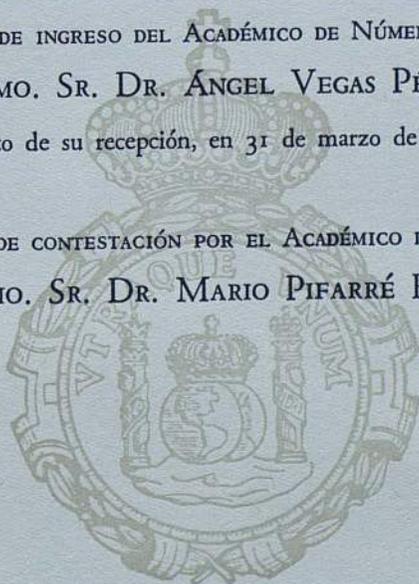
103/82

PUBLICACIONES DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS
ECONÓMICAS Y FINANCIERAS

LA EMPRESARIALIDAD EN LA CRISIS DE LA CULTURA

DISCURSO DE INGRESO DEL ACADÉMICO DE NÚMERO, ELECTO
EXCMO. SR. DR. ÁNGEL VEGAS PÉREZ
en el acto de su recepción, en 31 de marzo de 1982, y

DISCURSO DE CONTESTACIÓN POR EL ACADÉMICO DE NÚMERO
EXCMO. SR. DR. MARIO PIFARRÉ RIERA



BARCELONA

1982

LA EMPRESARIALIDAD EN LA CRISIS DE LA CULTURA

PUBLICACIONES DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS
ECONÓMICAS Y FINANCIERAS

LA EMPRESARIALIDAD
EN LA
CRISIS DE LA CULTURA

DISCURSO DE INGRESO DEL ACADÉMICO DE NÚMERO, ELECTO
EXCMO. SR. DR. ÁNGEL VEGAS PÉREZ
en el acto de su recepción, en 31 de marzo de 1982, y

DISCURSO DE CONTESTACIÓN POR EL ACADÉMICO DE NÚMERO
EXCMO. SR. DR. MARIO PIFARRÉ RIERA

BARCELONA

1982

LA ACADEMIA NO SE HACE RESPONSABLE DE
LAS OPINIONES EXPUESTAS EN SUS PROPIAS PUBLI-
CACIONES.

(Art. 41 del Reglamento)

DEPÓSITO LEGAL, B. 12.313 - 1982

Imprenta Clarasó, S. A.; Villarroel, 15. - Barcelona-11

EXCELENTÍSIMO SEÑOR PRESIDENTE:
EXCELENTÍSIMOS SEÑORES ACADÉMICOS:
EXCELENTÍSIMOS E ILUSTRÍSIMOS SEÑORES:
SEÑORAS Y SEÑORES:

Cuando hace algo más de diez años tuvisteis la amabilidad de asistir a mi honrosa toma de posesión de Académico correspondiente a esta nobilísima Corporación, os decía que ni por imperativo de la costumbre, ni por exigencias de carácter ritual, sino por un espontáneo arranque de mi sinceridad, mis primeras palabras en este solemne acto, verdaderamente trascendental en mi vida, tienen que ser palabras de gratitud. Gratitud por el honor que generosamente me dispensáis al llamarme a formar parte de vuestra docta Corporación, distinguiéndome así, muy por encima de mis propios merecimientos, con lo cual cubrís mi insuficiencia con vuestro prestigio, y así me dotáis de unos valores sociológicos y culturales que me sitúan, por otra parte, con mayor ventaja, frente a la Sociedad, tan ávida, de pretextados reconocimientos.

Pero, y fundamentalmente, gratitud, porque me llamáis a integrarme en vuestra convivencia, compartiendo las mismas inquietudes por conseguir la eficaz definición de un orden donde tenga especial vigencia la verdad social, con sus tangibles manifestaciones de justicia y comprensión.

Una de las cosas que con mayor fuerza ha colmado mi satisfacción, al tener noticia de vuestra decisión cordial y generosa, ha sido la cate-

goría humana y entrañable que os caracteriza, por mí tan conocida a través de las antiguas relaciones de amistad y de magisterio respecto de varios de vosotros. Por ello, puedo afirmar que el grupo que constituís y al que gozosamente me integro, es un grupo dotado de singular responsabilidad en sus planteamientos y que, por lo tanto, huye de las fáciles posiciones de la alienación técnica, penetrando en el contenido humano de las relaciones económicas. Por ello, vuestra convivencia constituye para mí la espléndida posibilidad de realizar mi misión en la vida con un mayor sentido de trascendencia. En síntesis, os tengo que agradecer muy profundamente que abráis en mi historia personal una nueva y eficaz perspectiva, ya que mi aceptación a vuestro gentil ofrecimiento, es un dilatarse de mi contorno vital, aliviando así la experiencia de mi radical limitación que angustiosamente contrasta con mis íntimas exigencias de plenitud. Mi aceptación, por otra parte, no es otra cosa que la entrañable respuesta al ejemplo de vuestras actitudes y comportamientos, tanto en el orden cultural como en el sociológico, por lo que cobra la forma existencial de una verdadera captación. Mi pobre existencia se integra con la vuestra porque me habéis captado al presentar a través de vuestro ejemplo, vuestra propia veracidad, impregnada del más puro y eficaz propósito de ayudar a la Humanidad a encontrar su destino histórico, que principalmente consiste en que todos los hombres vivan la realidad de su soberanía sobre la creación terrenal, compartiendo amorosamente sus anhelos de perfección. No se trata pues, de desvincular de la realización humana lo económico, como algo que sea sustantivamente independiente y aséptico, sino más bien de considerar el aspecto económico, dentro de las radicales exigencias de la perfección total, consistente en la realización de la personalidad y en la integración convivencial de todos los hombres en un orden de Justicia y de Paz, Gracias, pues, de todo corazón.

Debo ahora cumplir con un deber tal. honroso, como transido de dolor.

Habéis tenido la singular atención para conmigo de designarme como Académico Numerario en la vacante producida por el fallecimiento de uno de esos hombres integralmente buenos, capaces de inculcar en su entorno el sentido y vigencia de lo verdadero y de lo bueno. Me estoy refiriendo a mi entrañable compañero en el Cuerpo

de Intendentes al Servicio de la Hacienda Pública, Excmo. Sr. D. Luis Bañares Manso. Como hombre de Ciencia, vosotros sois especiales testigos de su valer. Como ejemplar profesional, los que con él convivimos y aquellos que fueron sujetos pasivos de su misión inspectora, le recordaremos siempre como hombre fundamentalmente serio, competente y comprensivo. En él se cumplieron de especial manera las exigencias definitorias de la misión inspectora más que como inquisición, como enseñanza y testimonio. Jamás pretendió buscar al culpable y aplicar un castigo. Supo poner a disposición de aquellos que no habían cumplido sus obligaciones fiscales sus conocimientos técnicos con un sentido fundamentalmente ético.

En este aspecto fue un ejerciente de un verdadero magisterio del que inexcusablemente se seguía una eficaz llamada al responsable comportamiento de rectificación de errores, tanto técnicos, como morales. Conducta ésta, especialmente importante en los momentos actuales en que parece que la labor inspectora tenga un carácter más inquisitorial, en su más peyorativa acepción, que de eficaz y comprensiva ayuda.

No en balde Luis Bañares fue un cristiano ejemplar en quien tuvo especial vigencia el caritativo pensamiento del Apóstol de las gentes en su carta a los de Corinto, en el que prevalecía el espíritu de la comprensión sobre el de la denuncia.

ELECCIÓN DEL TEMA

Al hacerme cargo de mi presente situación y pretendiendo una eficaz toma de contacto en una interacción peculiar se me presenta la cuestión nada fácil de elegir el tema de esta actuación entre vosotros y con vosotros. Dado el carácter profundamente humano y trascendente de vuestros estudios e investigaciones, parece lo más congruente tratar de algo que se relacione con el problema fundamental del hombre en los momentos actuales: La reconquista de su racionalidad rompiendo los trágicos lazos que le retienen en la infrahumana situación de *alienado*, en la crisis de la cultura.

Si cada época se caracteriza por la categoría de los conceptos a los que preferentemente se acude por parte de los que de alguna manera representan a la sociedad, la época actual se define por la *alienación* y de

una manera singular la de carácter *futurista*, en virtud de la cual el hombre aparece vacío de presente quedando sustituido por el fantasma de una situación irreal.

El destierro de esta forma angustiosa de *alienación* puede conseguirse mediante una conducta racional que lleve al hombre a decidir de forma complementaria entre el presente y el futuro, según las posibilidades que nos brinda el planteamiento económico de la relación sociológica. En esto consiste, en definitiva, la eficacia de un comportamiento utópico, como síntesis de una denuncia del pasado y un anuncio del futuro esperanzado en la praxis del presente que se traduce en el verdadero concepto de empresarialidad.

Por esto me he inclinado porque el tema de este reglamentario discurso sea el siguiente: "*La empresarialidad en la crisis de la Cultura*".

a) *Humanidad y Convivencia*

Está fuera de toda duda que el hombre se debate con radical angustia por encontrar la justificación de su existir, por encontrar, en suma, una experiencia de su propia vida como realización personal. Pero esta forma de realizarse es el resultado de elegir su propia línea temporal, su trayectoria, en el ámbito de cada situación histórica. La vida humana aparece, entonces, como una realidad de carácter estimativo condicionada, y también condicionante del horizonte del mundo, que se ofrece como posibilidad y contemplación.

Lo más personal y profundo de la vida humana consiste, pues, en la búsqueda del *ser yo* como realización programática de la pretensión superadora de las circunstancias que nos presionan al definir ellas, nuestro propio contorno vital. En esto consiste la fórmula que hemos propuesto en alguna ocasión: "El hombre es ansia de plenitud con experiencia de limitación."

Es claro que la referencia a la vida humana admite unos planteamientos de mayor amplitud cabe hablar de una trascendencia de las pretensiones individuales a las de carácter colectivo, abiertas a un sentido de vigencia social que entraña la existencia de un *esquema de par-*

participación, según el cual, los individuos se integran participando en la realización de un proyecto de forma de existencia colectiva de signo esencialmente convivencial. Esto nos permite situar al hombre en el ámbito de las vigencias históricas, es decir, llegar a la definición de la humanidad como sujeto de la historia, lo cual es tanto como asignarle la categoría fundamental de la *permanente convivencia* en cuanto a un sucederse a sí misma en la eficaz superación de las etapas históricas. Según esto, no tiene sentido hablar del hombre individual, sino de la humanidad, al plantear el significado histórico de la vida en su más amplio contenido.

Cuando hemos hablado de la forma en que el hombre individual se integra, adhiriéndose eficazmente al *esquema de participación*, no hemos hecho otra cosa que definir la humanidad como un sistema de fuerzas dotadas, de orientación e intensidad, urgidas a una permanente operación.

A través de estas consideraciones hemos llegado al umbral de nuestro propósito, cual es el atisbo de lo que puede significar para nosotros algo tan invocado por los hombres de todos los tiempos y, en especial, del nuestro: la cultura, con sus vitales planteamientos y en sus crisis.

Cuando se habla de la superación de la naturaleza merced al esfuerzo humano en cualquiera de las direcciones de la vida, en los términos en que lo haría cualquier escolástico, no se hace otra cosa que ofrecer, en forma explícita, el triunfo sobre un escollo, una distensión relajante de las tensiones del contorno vital, o tan siquiera el esfuerzo por conseguirlo. Así, cuando alcanzamos un mejor conocimiento de los seres materiales o mentales, una más eficaz actuación sobre ellos, una valoración de lo conocido y actuado con mayor grado de refinamiento, una más profunda reflexión del conocer de esencias y fundamentos o, en fin, una cierta culminación religante, cabe hablar de culturas de categoría científica, técnica, moral, jurídica, estética, filosófica o religiosa.

Ahora bien, esa apelación al sentido vital de la cultura, en su más íntimo significado, exige una seria reflexión, a no ser que nos dejemos arrastrar por la tentación de planteamientos tan fáciles como frívolos. De manera bien clara Ortega insistió en que la cultura no es la vida toda, sino sólo el “momento de seguridad, firmeza y claridad”, y ello

como consecuencia de ofrecerse como “la interpretación que el hombre da a la vida”, con lo cual resulta que toda labor cultural es una cierta interpretación de la vida.

Pero, como ya dijimos, la vida humana es una realidad de carácter estimativo, y por ello su esencial contenido consiste en señalar preferencias entre posibilidades, siguiendo unos criterios de decisión de mayor o menor coherencia dentro de un sistema de estimaciones, radicalmente variante en el tiempo, causa del acontecer histórico de la propia vida humana. Es evidente que la realizante pretensión del hombre individual, su proyecto vital, está influido en sus raíces por el sistema de estimación, verdadero regulador de las aspiraciones vitales. El entrelazado de éstas merced a lo que hemos llamado *esquema de participación* conduce, como se ha apuntado, a la forma de la *permanente convivencia*, categoría fundamental de la humanidad como forma de existencia social.

b) *Ideas y Creencias*

No debemos olvidar que la humanidad, de acuerdo con su sentido esencialmente social y no como una agrupación simple de individuos, vendrá definida por un sistema de *vigencias* comunes a todos los hombres, entre las que figuran las estimaciones que integran el *sistema* regulador de la vida justamente con los usos, ideas y creencias. El contorno vital estará integrado por el sistema de vigencias, con el que hay que contar para toda realización, y por ello no tendrá sentido hablar de proyectos y pretensiones sin apelar de una forma u otra a dicho sistema, cuya coherencia no será de carácter lógico, sino existencial, vital. Esto nos lleva a que la fuerza de las vigencias se ejercita con su mera existencia y, por ello, la vida humana, tanto en el aspecto individual como en el colectivo o social, supone la necesidad de tenerlas en cuenta. La peculiar forma de *tener en cuenta* las vigencias no es una simple *adhesión*, sino más bien una *discrepancia*, ya que constituyen una constrictión, un rígido contorno, una limitación.

El estudio de una forma social y, por tanto, de la humanidad en todo su dinamismo histórico, se apoya fundamentalmente en el sistema de vigencias, es decir, su estructura, con sus variaciones o sus

permanencias en el tiempo. Llegados a este punto, aparece con toda claridad el fecundo planteamiento que supone la dialéctica orteguiana de distinguir en el sistema de vigencias dos categorías perfectamente discriminadas, aunque integradas en la coherencia vital del sistema; nos estamos refiriendo a las *ideas* y *creencias* son las vigencias que interpretan la realidad, las cosas reales, y, por ello, son para nosotros la *realidad misma*. Las *ideas* se originan en el ámbito intelectual, y por ello son *cuestionables*, respondiendo su integración sistemática a procesos inferenciales estrictamente lógicos. Por el contrario, las *creencias* son *incuestionables*, reposan en ellas mismas; no son respuestas a algo fundamentalmente invariable sino, como hemos dicho ya, interpretaciones de las realidades en las que se desenvuelve la vida. Por ello el estudio de una realidad social y, por consiguiente, de la humanidad, debe apoyarse sobre todo en el conocimiento de sus *creencias fundamentales*, más que en la formulación de sus *ideas básicas*. Ahora bien, las *creencias* sólo pueden ser descubiertas por los efectos de su actuación, ya que lo que *acontece pasa* por la presencia de las creencias que lo hacen posible. El pensamiento, las actitudes y comportamientos humanos son de una forma o de otra, según las creencias en que se encuentra instalado el hombre. De acuerdo con esto, toda actuación sobre el sistema de creencias básicas, que presionan y obligan al hombre en su realización, para ampliar su posibilidad vital es una superación de la propia realidad circundante y, por ello, una *tarea cultural*.

Hemos llegado a un punto de básica importancia para definir, en una perspectiva de operatividad, la pretensión cultural del hombre que siente la urgencia de tener la experiencia de su racionalidad.

Es evidente que el hombre *se hace* libremente dentro de los condicionamientos impuestos por el sistema de *vigencias básicas* que constituyen su contorno vital y que se le ofrece a través de la realidad social a que pertenece y le contiene. Pero, ¿en qué consiste esa libertad esencial? La respuesta ya fue apuntada cuando definíamos la vida como una realidad de carácter estimativo que se manifiesta en un comportamiento *decisivo*. El hombre se realiza decidiéndose respecto a algo que se ofrezca como una alternativa. La adhesión a un comportamiento colectivo mediante lo que hemos designado como un *esquema de participación* es el efecto de una responsable decisión entre alternativas

categoricamente ordenadas según el sistema de estimaciones. Ahora bien, para que la decisión sea realmente racional es preciso *conocer* el universo de las posibilidades, las consecuencias que se sigan de la elección que se haga y, por último, una norma de comportamiento coherente con las características fundamentales que definen el sistema de estimaciones, lo que podríamos designar como comportamiento *optimal*.

Conocer es penetrar en el contenido de algo. Pero hemos de tener en cuenta que la realidad es interpretada por las *creencias* y, por ello, nuestro conocimiento de la realidad exige la *ideificación* de las creencias mediante el enunciado explícito de su contenido. Este planteamiento intelectual es preciso ya que, como hemos dicho con insistencia, las creencias tienen una funcionalidad vital y, por tanto, sólo pueden detectarse, descubrirse, por sus efectos condicionantes, pero no pueden *conocerse* más que *ideificándolas* con la explicitación de sus contenidos. Esto supone que en el repertorio de las ideas vigentes pueden considerarse aquellas que se originan en el ámbito intelectual, cuyo especial cometido es llenar los huecos o vacíos que se presentan en el sistema de creencias fundamentales que interpretan la realidad, y las ideas originadas por las creencias al cumplirse la pretensión de conocer y enunciar contenidos. Pero debemos insistir en que lo que funcionalmente distingue a las creencias es que su grado de importancia viene dado por la intensidad con que condicionan a la vida, y que al *ideificarlas*, integrándose en el repertorio de ideas vigentes, en cuanto ideas se convierten en cuestionables, pero no olvidando que en cuanto creencias no pueden ser sometidas a evidencias lógicas, sino existenciales, vitales.

Julián Marías, en su "Introducción a la Filosofía", precisa cómo las ideas y las creencias son órganos de certidumbre, éstas de la certeza "en que se está" y aquéllas de la certeza "a que se llega". En este sentido, la certidumbre total en que se basa nuestra vida es el resultado de las interacciones entre el sistema de creencias fundamentales, consistentes vitalmente, y el sistema de ideas, coherentes lógicamente.

El repertorio de las ideas, enriquecido por la ideificación de las creencias, constituye un modelo intelectual de *complementariedad* entre los sistemas de ideas y creencias, es decir, el enunciado explícito

de la estructura social que condiciona la vida humana. Es interesante reparar en el sentido *complementario*, no *sustitutivo*, de la relación entre los sistemas de ideas y creencias, ya que, como hemos indicado, las ideas llenan los vacíos que se presentan en la interpretación de la realidad por las creencias, y en conjunto la importancia y solidez de las unas incrementadas las de las otras.

c) *Imagen del Mundo*

Este modelo intelectual viene a coincidir con lo que Mariás ha llamado "imagen intelectual del mundo", que es producto de la ideología dominante de la sociedad. Esta imagen es más que lo que entendería por "idea o concepción del mundo", nacida de planteamientos científicos y que, por ello, sólo sería vigente para los llamados "cultos", dotados de saber teórico.

La *imagen del mundo* integra toda la posibilidad descriptiva de la circunstancia en la que se desarrolla la actividad del hombre. En definitiva, es común a la colectividad humana, en el sentido de que todos sus componentes se caracterizan por participar de la misma *imagen*. Las discriminaciones entre los grupos y aún entre los individuos surgirán de los elementos particulares que se superpongan a la *imagen* fundamental. Conviene señalar en este sentido que aunque en la obtención de la *imagen del mundo* tiene una gran importancia el saber científico, obtenido por vía intelectual, existen otros caminos al margen de esta instrucción científica que contribuyen ampliamente a la formación de la ideología básica de la que surge dicha *imagen*. Por ejemplo, el teatro, la novela o el arte en cualquiera de sus manifestaciones.

Este intento fundamental de conocer el mundo que nos lleva, por ello, a la posesión de su imagen es, como ya hemos indicado anteriormente, el antecedente necesario para la realización individual mediante el ejercicio de una decisión adecuada entre las posibilidades descritas en aquella imagen.

La *imagen del mundo* se ofrece como una formulación intelectual que debe ser ampliamente comprendida para que pueda ser el antecedente de toda decisión racional que, en definitiva, habrá de influir en la *humanización* del propio mundo. De acuerdo con esto, es de gran

importancia lo que la mayoría de los hombres, y mejor aún la totalidad, *opinen* sobre la *imagen del mundo*. La opinión es el resultado de manejar con pretensión de equilibrio las vigencias que sustentan la estructura humana y, por lo tanto, la forma de conseguir la adhesión racional, consciente y crítica de los individuos a la formulación de la propuesta imagen del mundo por una parte, y por otra, a la forma de vida que de ella se deriva en un sentido antropomórfico.

El esquema de Toynbee para explicar la evolución de las *civilizaciones*, que consiste fundamentalmente en la *racionalización* de la *mimesis*, cae de lleno dentro del marco que determinan las consideraciones anteriores. En efecto, la fuerza que impulsa el movimiento civilizador se origina en la incidencia producida en la vida de los mejor dotados de sensibilidad por algún suceso, concreción fenoménica de algo inédito. Esta incidencia se manifiesta ordinariamente en dos importantes aspectos. Uno, la formulación teórica, debidamente contrastada por los oportunos procesos de inferencia, y otro, la adopción de las variantes vitales antropomórficamente exigidas por la presencia de las nuevas vigencias. Ahora bien, estas renovadas formas de vida se ofrecen espontáneamente a la contemplación de todos los que conviven. Consecuencia primera de esta *ejemplar* presencia es la tendencia a *imitar*, inconscientemente, es decir, a iniciarse un proceso de *mimesis*. Es claro que el comportamiento *mimético* tiene un amplio ingrediente de irracionalidad. La conquista de la *racionalidad* se obtiene mediante el ejercicio de la *opinión*. Es decir, sustituir la fórmula de *aceptar por aceptar* por la de *aceptar lo que debe ser aceptado*, merced a justificaciones opináticas, dotadas de un esencial sentido de racionalidad. En esto consiste, en último extremo, lo que en sociología se entiende por *misión de la opinión pública*, que se traduce en algo tan importante como la conversión de la *masa* indiscriminada, en gran medida inconsciente, en *pueblo* integrado por personas, es decir, individuos capaces de asumir responsabilidades o lo que es lo mismo dotados de racionalidad.

d) *Cultura*

En este aspecto cabe interpretar la brillante definición de la *cultura* debida a la singular pluma de Ortega: "Es el comentario a aquel modo

de vida en que, refractándose ésta dentro de sí misma adquiere pulimento y ordenación." Es evidente que esta ordenación vital es la que corresponde al sistema de vigencias que apoyan la ideología fundamental de la que se desprende la *imagen del mundo*, y que informa y dirige los comportamientos humanos.

Pero estos comportamientos inciden en el propio contorno vital conformando al mundo en todas sus categorías. La tarea cultural de construir el mundo puede ser expresada como lo ha hecho Teilhard de Chardin a manera de una respuesta a "la verdadera llamada del cosmos, como invitación a participar conscientemente en el gran trabajo que se lleva a cabo en él; sabiendo que no es volviendo a descender por la corriente de las cosas como nos uniremos a su alma única, sino luchando con ellas por algún término por venir".

El mundo, su realización y su *imaginación*, viene a ser la culminación de un proceso de "Ortogénesis". La *imagen del mundo* en su profundo significado social marca la trayectoria fundamental de la vida humana aunque su manifestación histórica revista un hondo sentido de variación.

e) *Humanización dialogante. Mensaje cultural*

La actuación social del hombre, integrado en la humanidad como sujeto de la historia, queda plasmada en las formas culturales de las que se nutre la huella de sus renovadoras *pretensiones*. Así, desde el punto de vista cultural, en sentido estricto, lo que interesa es lo que el *hombre hace* más que la *forma en que lo hace*, aunque también tenga esto su importancia en una categoría complementaria.

Pero el hombre hace las cosas en el tiempo y su influencia en la construcción del mundo surge por el uso de *técnicas* apropiadas que le sitúan fuera, en cierta medida, de la servidumbre de sus límites y contornos, para introducirse en un ámbito fabricado conforme a sus gustos y exigencias, planteados, por lo general, en términos de *porvenir*.

Estas últimas consideraciones nos permiten definir la relación del individuo con la historia de la humanidad, desde el punto de vista cultural, como un *diálogo* con la propia humanidad, es decir, la cultura es una forma de diálogo, respecto de lo que se hizo, se hace y se hará por el hom-

bre al realizar las pretensiones de perfección de su propia naturaleza.

Esta concepción dialogante de la actividad cultural nos lleva a la necesidad de tener en cuenta lo que constituye la forma y la esencia del lenguaje como antecedente obligado de la comprensión que entraña la naturaleza del diálogo y, especialmente, del cultural con sus ingredientes radicalmente temporales.

Es importante reparar en que la expresión de un mensaje se desarrolla en las siguientes etapas: *a)* manifestación por alguien de *algo* respecto a *algo*; *b)* prestación por el autor del mensaje, en su situación, de un *sentido*, y *c)* recepción del mensaje por alguien capaz de comprender la *intención* del comunicante. Es claro que el perceptor ejerce una función interpretativa de comprensión, es decir, capta el sentido del mensaje dentro del marco definido por el proceso histórico en que se halla instalada su conciencia.

Con el fin de tener una idea lo más clara posible de lo que debe entenderse por *significación* del mensaje, es decir, *interpretación* correcta de su sentido, conviene que reparemos en algunas cuestiones fundamentales. En cualquier mensaje, como ha hecho ver Jakobson, aparece la esencial coordinación entre dos dimensiones: la *sintagmática*, en cuanto reunión de varios elementos combinados en un complejo, y la *sustitutiva*, integrada por el conjunto de posibilidades enunciativas, no incluidas en la primera, pero que ejercen sobre ella una eficaz influencia. Esto nos conduce al hecho de que el mensaje elaborado no actualiza más que una parte de su potencialidad semántica, quedando en una "penumbra activa" la parte complementaria. Esta influencia de potencialidades significativas puede conducir a indeterminaciones constitutivas del *doble sentido*, fenómeno importantísimo para calibrar el alcance *significante* del mensaje y la valoración de su sentido. La comprensión de un mensaje adopta la forma de una selección realizada en el conjunto de posibles significaciones. Se trata pues, en último extremo, de una *decisión* realizada por una conciencia temporal y constituyente.

La plurivalencia de significaciones se caracteriza porque la categoría de sus íntimas diferencias viene a ser el contenido de un vario concepto de *distancia*. Cabe hablar primero de una distancia esencialmente temporal, *diacrónica*, y en segundo lugar de una distancia simultánea, *sincrónica*.

La distancia diacrónica plantea una de las más importantes cuestiones relacionadas con la interpretación de un mensaje, cuyo enunciado se verificó en el pasado. Se trata de responder al interrogante vital que plantea la *inteligibilidad no inmediata*. ¿Es posible interpretar el pasado? ¿Qué sentido tiene pretender interpretar lo que fue elaborado según una forma de conciencia definida en determinadas condiciones históricas, en una situación en que dichas condiciones no son vigentes?

f) *Tiempo y Mensaje cultural*

Con el fin de disponer de los elementos precisos para penetrar, o cuando menos intentarlo, en el verdadero significado del diacronismo y su apertura a posibilidades de correctas interpretaciones de los mensajes enunciados en tiempos pretéritos, desde la perspectiva de las más exigentes *fundamentalidades* del presente, parece oportuno hacer algunas importantes puntualizaciones respecto a las características de lo que entendemos por *dimensión temporal*.

Fue Bergson quien presentó como una exigencia para poder comprender lo que de verdadero tienen las cosas, su esencial significado, el que no basta con traducirlas en extensión, sino más bien en duración. Esto equivale, en gran medida, a afirmar que toda realidad es pura *duración*, entendiéndola ésta como una especie de movimiento intrínseco en el que se superponen diversos aspectos de una misma realidad. El *tiempo*, entonces, es la magnitud fundamental que expresa la *cuantificación de la duración*. Cabe afirmar, en consecuencia, que cada cosa o categoría ontológica tiene su propio ritmo en la forma de sucederse sus estados y situaciones, tiene su *duración*, que vendrá medida, expresada en su *tiempo interior* o, propio, siguiendo la definición de Alexis Carrel en sus fecundas investigaciones sobre los antecedentes biológicos, que habían de conducir a la definición del hombre como la gran realidad incógnita, protagonista de un nuevo sentido del cosmos.

El *tiempo*, por tanto, no ha de contemplarse como sustancia en la que se determinan las relaciones causales, sino como una relación que permite dar sentido a la causalidad. Ahora bien si la *duración* nos va a permitir comprender fundamentalmente lo que de verdadero tienen las

cosas en general, el problema de la discriminación de las realidades adquiere un aspecto básicamente métrico. En efecto, la expresión de la *duración* dependerá definitivamente de la unidad que se elija para medirla. Según lo que hemos dicho anteriormente, la unidad de medida estará relacionada con el *tiempo interior* inherente a cada cosa, como forma independiente del *tiempo exterior* o *cronos*, que se mide corrientemente mediante el reloj.

Hemos llegado a un punto cuya importancia conviene destacar. Nuestra activa posición *pretensiva* en la vida nos lleva a una dialogante integración en la Humanidad, a través de los condicionamientos que comporta la *imagen del mundo*. Pero un planteamiento más completo de la cuestión lleva consigo la necesaria apelación a los antecedentes históricos de todo el complejo de formulaciones de las que se desprende la *imagen del mundo* con que nos enfrentamos en nuestro radical diálogo.

En realidad, cuando nos referimos a la ideología fundamental de la que surge la *imagen del mundo* hay una alusión implícita a la *duración* de las vigencias constitutivas de dicha ideología. No parece congruente con los planteamientos hechos que dicha *duración* sea *cronológica*, en el sentido de responder a un tiempo de significación predominantemente física; lo adecuado es considerar el *tiempo interior*, específico de la singular vigencia que nos interesa. En suma, no se trata de simples permanencias, sino de influencias temporales capaces de configurar todo un contenido de trascendencia vital. A manera de ejemplo, para mejor entendernos nos referimos al *valor de clasicismo* de una obra — El Quijote, por ejemplo —, que se debe a su *infinita* duración, motivada por la vigencia de su mensaje, que trasciende a su duración cronológica aunque se patentice en ella. La obra clásica es *en sí* permanente. Tal sería también el caso de aquellas obras cuyo mensaje trasciende implícitamente en otras, creando un estilo o una escuela. No cabe hablar, pues, de medir las duraciones en términos físicos al pretender una métrica temporal de los mensajes que integran el mensaje fundamental de la *imagen del mundo*. Una eficaz labor cultural, en su urgido valor dialogante y, por ello, de captación de sentido, supone un *entrenamiento* para la *percepción* de las *duraciones* de las vigencias fundamentales. En suma, saber opinar respecto al sentido temporal de las vigencias y resolver el problema de su *actualización*.

Debemos resaltar el contenido del término *actualización*. No se trata de introducirnos en un “túnel del tiempo” que nos lleve a vivir en el pasado, sino de vivir el pasado en el presente, por efecto de un desplazamiento de las vigencias trascendentes y las formas de vida que definieron, plasmadas en obras capaces de ser actualizadas y así poder ser vividas e *imaginadas* en el presente.

Nos hemos estado refiriendo a la *distancia diacrónica*, y ahora vamos a hacerlo a la *distancia sincrónica*, dentro de la plurivalencia de significaciones que puede tener un mensaje. Este tipo de distancia surge de lo que antes hemos llamado *dimensión sustitutiva* del mensaje que, como indicábamos, está integrada por los posibles enunciados del mismo que, aunque no se han concretado en realidad, ejercen su presión sobre el enunciado concreto. La *distancia sincrónica* será la que existe entre las posibles significaciones que ofrece la interpretación del mensaje, sin que aquí se presente explícitamente el aspecto temporal como ingrediente discriminador.

El proceso de *actualización* de los ingredientes de las vigencias correspondientes a situaciones *diacrónicas* permite hablar de una “intersección” con el complejo de *distancias sincrónicas* y presentar, independientemente del tiempo, el problema de selección de las diferentes potencialidades significativas del mensaje que comporta el enunciado de la *imagen del mundo*. Esto no es otra cosa que el hecho fundamental de que la presencia del pasado se reduce a la presencia de un presente.

La interpretación de un mensaje se ofrece como la inmersión en el complejo de significaciones, tanto implícitas como explícitas, de una conciencia que en sí misma es portadora de una potencialidad de sentidos. Esto, supone una radical rectificación de las formulaciones clásicas, que conducían a presentarla como la pretensión de una conciencia varia, de recuperar idénticamente un mensaje, por definición, idéntico.

Es justo reconocer la fecunda aplicación de estos principios en el desarrollo del pensamiento de Marx al establecer, con el debido rigor, la inserción del presente en todo el proceso histórico que conduce a la contemplación de la historia en el marco de la praxis total del presente. En definitiva, la interpretación del mensaje supone una explicitación del sentido que emana de la praxis del presente, subrayando la

distancia sincrónica respecto a cualquier otra significación, confirmando así la peculiar importancia significativa de cualquier presente.

Desde el punto de vista de lo que supone para el individuo, inmerso en la tarea cultural de penetrar en el mensaje que le ofrece la Humanidad al presentarle la *imagen del mundo* para que la interprete, captando su sentido, y establezca así su diálogo, conviene tener en cuenta que el propio hecho de pretender la interpretación lleva consigo, juntamente con el descubrimiento de significaciones posibles y la penetración en zonas implícitas de significación del mensaje, la obtención de la propia significación y la presentación del propio contenido. En resumen, se trata de que la interpretación de la *imagen del mundo* comporta una réplica *significante* en la propia realización vital de la conciencia del que se siente urgido a dicha interpretación.

La interpretación de un mensaje puede considerarse, en suma, como la culminación de un comportamiento decisivo, de acortamiento de distancias *significantes*, hasta llegar a la abolición de las mismas, es decir, a una *significación concreta*. En este aspecto es importante aludir a la forma en que Marx plantea el sentido que tiene la obtención de la *significación concreta*, o sea, el paso de la pura posibilidad abstracta al sentido concreto. No se trata, según Marx, de que la explicitación de lo abstracto por lo concreto sea el resultado de un simple esclarecimiento objetivo de los nexos y categorías del sistema que se presenta ante una conciencia intemporal y vacía; esa elucidación es producto fundamental de la emergencia de un *nuevo tipo de conciencia*. Este nuevo tipo de conciencia es el que crea la posibilidad fecunda de conocer las etapas o estados elementales de los esquemas ideológicos que cristalizan en la vigente *imagen del mundo*. En efecto, la conciencia entrenada en las tareas de interpretación es capaz de dotar de significado satisfactorio a las categorías más simples cuando posee la significación concreta de las más complejas y maduras, la cual se explicita en el desarrollo de las vigencias fundamentales de la ideología que se concreta en el mensaje.

Como corolario y aplicación de todas estas consideraciones parece adecuado recordar lo que dice en un reciente estudio sobre el lenguaje, en verdad revelador, el ilustre profesor Manuel Ballesteros: "La interpretación es vida y acción, es acto de determinación y libertad en que un pre-

sente se hace cargo de sí y del pasado en una creación incesante tendida hacia su futuro, porque éste es el que, inscrito en la acción del presente, nos acosa y hace posible que elucidemos todos los sentidos posibles”.

g) *El presente cultural*

Llegados a este punto debemos enfrentarnos con la *imagen del mundo*, tal como se nos ofrece en el presente histórico, y su decisiva influencia en la situación cultural, rodeada de profundas crisis y que, por ello, nos abre la inmensa posibilidad de mantener vigente el sentido de nuestro diálogo con la Humanidad.

Es claro que entre los diferentes aspectos en que puede considerarse lo que es para nosotros la *imagen del mundo* en el cual y sobre el cual hemos de desarrollar nuestra vida tiene una especial importancia el aspecto físico, o, si se quiere, cosmológico.

La característica más importante de la manera de irse formando, en el presente, la imagen del mundo físico es su inexorable tendencia a la más acusada abstracción. En el siglo XVIII, por ejemplo, el pensamiento científico giraba en torno a la pretensión de reducir a sistema la variedad de los fenómenos, apelando a la investigación de diferencias y semejanzas. Parecía como si la pretensión fundamental de los eruditos fuera la determinación de géneros próximos y diferencias específicas. La ciencia aparecía dominada por una radical motivación: La obtención de puntos de vista unitarios desde los cuales contemplar las diferentes formas de vida. Como ha hecho notar Heisenberg, en un notable ensayo sobre la abstracción en la ciencia y en el arte, el profundo temor de Goethe a todo lo que fuera abstracción — ¿quién sabe si por su permanente culto a la belleza de la forma? — no fue óbice para pretender encontrar, no sin angustia, la planta primigenia que permitiese entender a las demás. Pero esta planta primigenia, como le hizo ver Schiller, no era otra cosa que la *idea* de la planta.

El fruto de las investigaciones de los biólogos es que la *estructura* fundamental, común a todos los seres vivientes, está radicada en una molécula filiforme, observable con potentes microscopios; esta molécula es lo que se conoce como ácido nucleico y es el componente básico de toda materia viviente.

Esto constituye un importante ejemplo del proceso de abstracción que conduce al enunciado de lo que podríamos llamar elementos estructurales, que en sí y en sus relaciones nos definen la estructura fundamental del fenómeno que pretendemos estudiar como integrante del cosmos.

El sentido de lo concreto, que es lo que ciertamente nos afecta en nuestras experiencias vitales, es el entendimiento de las conexiones entre todas las incidencias mediante una formulación que presenta y patentiza el proceso de concreción, contrario al de abstracción.

La culminación del proceso de abstracción es la formulación en términos congruentes de la realidad que se trata de describir. En este aspecto, nos encontramos con que en la actualidad las realidades físicas, aquéllas que integran el cosmos en el que se desarrolla nuestro existir, requieren unos recursos de tipo matemático que revisten mayor complicación que aquellos que fueron útiles para la que podríamos llamar física clásica, vigente en el pasado. Tal es el caso de la compleja problemática planteada en el estudio del átomo. En este orden de ideas, conviene recordar el recelo de físico y matemático tan evidente como el propio Heisenberg, cuando se expresó en estos términos: "Las matemáticas son la forma en la que expresamos nuestra comprensión de la naturaleza; pero no son su contenido. No se entenderán las modernas ciencias naturales si se sobreestima la significación del elemento formal."

Pero lo cierto es que el mundo que nos representan los científicos viene formulado de manera poco asequible para la mayoría de los individuos. Por otra parte, nuestro quehacer cultural exige una posibilidad de interpretación de la *imagen del mundo* vigente.

h) *La crisis de la Cultura*

Es interesante subrayar un hecho que es bastante decisivo para calibrar la forma en que se presenta la crisis de la cultura en nuestro momento histórico. Nos estamos refiriendo al concepto de *sabiduría* y de *sabio* tal y conforme se presentó en el pasado. Es evidente, con ejemplos tan claros como Newton o Leibniz, que podía hablarse de la posibilidad de *ser sabio* en cuanto sujeto del saber con plenitud por la intelectual posesión de las grandes síntesis cosmológicas. Cabía hablar de

una *personalización* de la sabiduría. Pero a medida que la investigación del mundo físico va adquiriendo mayor complejidad se va presentando una *despersonalización* de la sabiduría. Este fenómeno tan importante dentro de la dialéctica de vigencias en que permanentemente nos movemos supone que el saber se va convirtiendo en una cuestión de *creencia*. Éste es el significado de la sutil distinción que hace Julián Marías entre las expresiones “fe en la razón” y “fe en la ciencia”. La “fe en la razón” supone que, con la adecuada perseverancia, todo se puede saber. La “fe en la ciencia”, por el contrario, implica lo que se sabe o se sabrá, aunque el sujeto excluya personalmente ese saber. Ésta es una de las características fundamentales de nuestro tiempo en orden a la captación por las conciencias individuales de las formulaciones propuestas por los que en una visión categórica integran el compromiso por el hallazgo de lo inédito. Sobre esto volveremos en seguida, ya que ahora parece oportuno hacer mención a alguna de las más sugestivas cuestiones del actual momento de la ciencia física y sus posibles consecuencias vitales.

i) *Crisis cosmológica*

Nos vamos a referir, en principio, a algunos de los aspectos fundamentales de la física moderna. Uno de éstos, de singular importancia, es el relativo a la revisión de la estructura *espacio-tiempo*, esencial en la teoría de la relatividad de Einstein. La confusión que se presenta en el concepto de movimiento, consecuencia de la pretensión de probar por medios electromagnéticos el movimiento de la Tierra en el espacio, conduce a la siguiente pregunta: ¿Existe en absoluto algo que pudiera interpretarse como movimiento relativo al espacio? Otra importante fuente de confusión es la que surge en torno al concepto de *simultaneidad*, hasta el extremo de no poderse precisar el alcance significativo de una frase en que se trate de si un acontecimiento sucedido en un lugar es simultáneo a otro acaecido en lugar distinto.

Otro aspecto importante de la visión que nos ofrece la física de hoy se refiere al nacimiento de la teoría de los “*quanta*” de Max Planck. Es sabido que el modelo atómico propuesto por el físico británico Rutherford presentaba al átomo como un sistema comparable al planetario, en el cual los *electrones*, partículas de carga negativa, giran describiendo

do órbitas alrededor del núcleo, formado por *protones*, partículas de carga positiva. Posteriormente fue Bohr quien demostró que la irradiación de energía de un átomo, a diferencia de manera continua, sino de forma discontinua, es decir, que la liberación de la energía que motiva el paso de un "estado estacionario" del átomo a otro, es intermitente. Esto supuso la introducción en la modelización del átomo del "quantum" de energía de Planck como una *constante universal*. Ahora bien, era preciso encontrar un modelo matemático apropiado para la formulación de estos planteamientos de la física atómica, y fue precisamente Heisenberg, y por ello obtuvo el premio Nobel de Física, quien mediante la "mecánica de matrices" interpretó la mecánica cuántica. Bien es verdad que ha sido preciso más de un cuarto de siglo para obtener un entendimiento aceptable de las leyes de la teoría cuántica mediante cambios profundos en las representaciones básicas de la realidad. Aparece el carácter *estocástico* o probabilístico de la mencionada teoría cuántica, como consecuencia de la pretensión de seguir con las expresiones de la física clásica, aún sabiendo que estos conceptos no corresponden, con la exactitud apetecida, a la manera de ser del cosmos. Además debe patentizarse el hecho de la carencia de fundamentos intuitivos, motivada por la imposibilidad de ser observables magnitudes que, por otra parte, aparecen como componentes esenciales de las relaciones o reglas formales de la teoría.

Como ejemplo interesante de esto, figura el llamado *principio de indeterminación* (del propio Heisenberg), que en términos elementales supone la imposibilidad de obtener una medida exacta y simultánea del lugar y de la velocidad de una partícula aislada y, por lo tanto, no tiene sentido hablar de determinismo en los fenómenos atómicos. Por otra parte, es tan importante la perturbación que produce el hecho mismo de la observación de las partículas que resulta imposible el hablar de comportamientos independientes del proceso de observación. Por ello, más que a leyes en el clásico sentido determinista, vigente en la física no atómica, habrá que referirse a *leyes estadísticas* formuladas en términos de regularidad. Todo esto nos conduce a la inquietante afirmación de que acaso quepa decir que en el mundo del átomo la objetividad haya dejado de ser, en gran medida, el criterio supremo del valor de un resultado científico.

Vamos a fijarnos ahora en una espectacular consecuencia de los estudios de la estructura del átomo, cual es el fenómeno de la *antimateria*. Fue Paul Dirac, físico inglés, quien mediante un proceso de inferencia puramente matemático llegó a definir la existencia de partículas de igual masa y carga contraria — por tanto positiva — a la del electrón. Esta formulación teórica fue contrastada empíricamente por Anderson con el descubrimiento, en el laboratorio, del electrón de carga positiva, que se designó por *positrón*. En este momento aparece en la historia del conocimiento del cosmos la *antimateria*, formada por partículas de características contrarias a las que figuran en los átomos de la materia terrestre. Surge de manera formalizada la llamada *física de la simetría*, en virtud de la cual la definición de una partícula comporta la posible existencia de la correspondiente *antipartícula*.

Cabe preguntar cuáles son las consecuencias que en orden a la *imagen del mundo* y su vigencia vital tienen estos descubrimientos. Resulta evidente que materia y antimateria no pueden tener existencia conjunta ya que su contacto motivaría una inmediata explosión, con desaparición de las masas, que se transformarían en “quanta” de radiante energía.

El hecho de que hasta el momento sólo se haya podido obtener, con inauditos y dispendiosos esfuerzos, en los laboratorios antipartículas (y no antiátomos) de efímera existencia, nos indica que, de momento, no existe un racional temor de que pueda ser creada una masa estable ni cantidades apreciables de antimateria.

La destrucción de la Tierra exigiría una colisión con una cantidad de antimateria de las mismas dimensiones. Ahora bien, mediante esta nueva concepción del cosmos, se puede admitir la existencia de universos lejanos formados por antiátomos que si llegaran a colisionar con el nuestro producirían la radiante destrucción. Una interesante aplicación de esta teoría es la explicación dada al caso del meteorito de Siberia que en 1908, después de una tremenda explosión, dejó sin la más pequeña manifestación de vida a una amplia extensión de terreno.

Aunque, según lo que hemos dicho, no cabe hablar de peligros inmediatos, el recuerdo consternado de la bomba atómica, incomparable en sus efectos, forzosamente tiene que influir en la conciencia humana para plantear resueltamente el problema de dominar eficaz y pacíficamente el mundo, tal y como aparece definido en el presente histórico.

j) *Cibernética*

En esta esquemática contemplación de los aspectos físicos de la actual *imagen del mundo*, vamos a reparar finalmente en una de las más sugestivas y recientes fases de su evolución. Decimos fase porque ciertamente supone un trascendental paso en la historia de la Humanidad. Si bien hemos empleado el término de físico para distinguir lo que vamos a enunciar, lo cierto es que marca una trascendencia al mundo social y humano por encima de sus simples características físicas. Nos estamos refiriendo a la *cibernética*. En un momento de singular significado histórico, durante la Segunda Guerra Mundial, el Gobierno americano encargó al ilustre matemático y filósofo Norbert Wiener el estudio de la posibilidad de que los cañones antiaéreos pudieran ser dirigidos mediante una regulación automática. El problema le condujo a unos planteamientos formalizados de los llamados *sistemas de realimentación*. Estos sistemas, de acuerdo con las investigaciones de los más destacados biólogos, conducen a la conclusión de que existe una unidad esencial en los problemas de control y de comunicación en los organismos vivos y en las máquinas. La *cibernética*, según la definición de Wiener, es la ciencia que se ocupa del control, de la comunicación en el animal y en la máquina.

Uno de los hallazgos más importantes para el desarrollo de la nueva ciencia se debe a McCulloch, neurofisiólogo y matemático, el cual definió la "neurona formal" basada en la neurona fisiológica, a partir de la cual se puede construir el modelo matemático de las redes neuronales que constituyen el sistema nervioso. El camino de la informática y de la automación quedó abierto, y con ello la gran posibilidad de resolver técnicamente y con la adecuada brevedad los más complicados cálculos exigidos por los planteamientos de la nueva concepción del cosmos. Aún más, merced a las investigaciones de Hebb sobre las relaciones entre la memoria de los hechos y la intensidad de las uniones *sinápticas*, las más íntimas, entre las neuronas de la red, cabe hablar de los métodos eficaces de aprendizaje y hasta de definición de comportamientos. En este sentido, Skinner se ha permitido hacer aplicaciones a la sociología, llegando a la discutible, aunque sugestiva conclusión de que la conducta humana podría predecirse como si fuera una reacción química cualquiera.

k) *Futurología*

La aparición de la *cibernética* ha conducido a lo que en los momentos actuales se entiende por *Futurología*, cuya esencia estriba en la distinción esencial entre *profecía* y *prospectiva*, obtenida por los más depurados métodos científicos. En cierto modo se trata de dar satisfactoria respuesta al permanente anhelo del hombre, haciendo cultura, de influir sobre el mundo poseyendo su futuro. Ésta es la interpretación de la inquietante sentencia de Spengler, según la cual no se trata de *saber* el futuro sino de *crearlo*. Esta creación del futuro no es una ficción utópica, sino más bien la elaboración de unos esquemas de decisión respecto a los varios mundos en que se puede concretar el porvenir. La creación del futuro resulta como una consecuencia de la incidencia de una *decisión* en el esquema de posibilidades predichas. En este sentido se puede definir la operación de predecir, siguiendo a William James, como una ascensión en la *escala de la fe*, según la cual de la *posibilidad* se pasa a la *probabilidad* para llegar a la certidumbre. Esto supone convertir el *arte de predecir* en *arte de conjeturar*. Ahora bien, la Futurología nos permite una integración del porvenir en el presente, pero debe cuidarse de no caer en irracionales sustantivaciones que se traducen en la sustitución del presente por el futuro. Esta anómala situación es lo que se entiende por *alienación futurista*, que comporta el desplazamiento de la idea sublime de *perfección* por la deshumanizada de *progreso*. La crisis alienante debe resolverse *complementando* la rememoración que supone la historia, la actualización que supone el presente y el descubrimiento que intuye el futuro.

1) *El mundo Social, Económico y Político*

Hemos dedicado una atención, acaso extensa, a los aspectos que en el orden físico presenta la *imagen del mundo* y su intuición de futuro, pero deben también tenerse en cuenta las grandes novedades que se presentan en el campo económico, social, político o artístico.

En el campo económico podemos aludir a los procesos de concentración y distribución de la riqueza y del producto de la misma, con las incidencias de las técnicas productivas, consecuencia de los des-

cubrimientos científicos. También parece oportuno mencionar la aparición de lo que podríamos llamar fenómeno monetario, según el cual el dinero no sólo es medio indispensable de intercambio, sino también objeto de sustancial preferencia, lo que motiva los llamados procesos inflacionarios, que se traducen en las muchas veces incontroladas variaciones de los precios y en los contrastes y tensiones de las relaciones internacionales.

En lo que se refiere a los planteamientos sociológicos, también el mundo actual presenta singularidades; los cambios en los fundamentos del llamado derecho de propiedad, los esquemas de participación cada vez más eficaz e igualitaria en los procesos de gestión y control de la economía y de la sociedad en general; la sustitución de radicales individualismos, de vigencia tan sustancial en los planteamientos del capitalismo liberal, por concepciones de signo colectivista con una definición más activa del Estado.

También deben ser tenidos en cuenta, los efectos de lo que se puede considerar como esencial en el mundo de las organizaciones políticas, tanto referidas al gobierno de los pueblos, como referidas a los aspectos internacionales, con pretensiones muchas veces equívocas que desembocan en los temores de la ruptura de los planteamientos pacíficos. Esto ofrece un angustioso ingrediente del presente momento histórico.

A esto debe unirse otro aspecto importante, quién sabe si el más importante, cual es el problema religioso surgido de un radical y urgente sentido renovador, recogido en el último Concilio. Se trata de una prevalencia de la religación captativa sobre los enunciados colmados de esencias coactivas que condujeron las más de las veces a planteamientos incongruentes con el último y trascendental significado de la Redención, participada en signo y eficacia, dentro del maravilloso juego de destinos en que se desarrolla el misterio sacramental de la Iglesia.

Así pues, todas estas cuestiones unidas al avance de las ciencias de carácter humano en su más amplio sentido, con sus planteamientos antropológicos, psicológicos y hasta tensamente religiosos, han sido capaces de producir unos ingredientes de singular importancia en la *imagen del mundo* y presentar así las más amplias justificaciones a los movimientos críticos de la cultura en sus superadoras exigencias históricas.

Después de estos bosquejos respecto a los más importantes aspectos de la descripción del mundo, debemos volver al problema de cómo puede asumir la conciencia individual los duros planteamientos de esa descripción.

m) *Responsabilidad de la Ciencia*

Volviendo a lo que ya dejamos apuntado respecto a la responsabilidad de los científicos, debemos recordar que éstos tienen que pretender la solución, con la mayor eficacia posible, de la tensión esencial que existe entre las abstractas formulaciones científicas y la vida humana. El científico debe tener en cuenta que su dimensión humana y convivencial le exige hablar de los resultados de sus investigaciones a los que no siendo científicos o especialistas no pueden quedarse satisfechos en sus anhelos de captar su *imagen del mundo* si no se les brinda una explicación en un lenguaje que pueda ser comprendido. No se trata de pretender asequibles fórmulas que envuelvan toda la realidad, pero sí formulaciones con arreglo a las cuales se supone que se estructura el mundo. En este sentido conviene recordar los pensamientos de Heisenberg, según los cuales, nos encontramos desde un principio en medio de la confrontación del hombre con la naturaleza, de tal manera que la división del mundo en sujeto y objeto, mundo interior y exterior, ya no cuadra. Asimismo, en las ciencias naturales ya no es objeto de la investigación la naturaleza en sí, sino la naturaleza expuesta a los interrogantes del hombre, con lo cual el hombre vuelve a encontrarse consigo mismo, sintiendo en su conciencia el papel protagonista que juega en la historia.

A diferencia de lo que pasaba en los siglos anteriores al nuestro, en que la mayoría de los hombres estaban situados fuera del ámbito de la ciencia, el número de personas que en el presente están en contacto con lo que puede llamarse cultura superior es notablemente mayor. Es importante que precisemos el significado que actualmente debe darse al concepto de la *vulgarización* de la ciencia. En el siglo pasado la imagen física del mundo se podía traducir en forma elemental, cosa prácticamente imposible, como ya hemos visto antes, después de la aparición de la teoría de la relatividad. En este sentido podemos afirmar que

pasó algo semejante en la filosofía con la aparición de la fenomenología. Esta situación lleva consigo que la conciencia individual se sienta ajena a la ciencia, hasta el extremo de que cuando se le presentan los resultados científicos en forma vulgar tiene la evidencia de que lo que se le dice no es la ciencia, sino algo especialmente elaborado para salvar su distancia de lo científico, que sigue siendo inasequible. Lo que caracteriza a la vulgarización actual es que, juntamente con una gran preparación científica, aparece un texto de planteamientos no científicos, pero que consigue con vital eficacia que *se sepa de qué se trata*. Y es un hecho importante que hoy muchos de los creadores de las más especializadas teorías son los que realizan personalmente esta labor divulgadora, evitando así exposiciones de segunda o tercera mano. La inteligibilidad de la ciencia se consigue en el sentido de que los no científicos sepan lo que es ciencia y experimenten una cierta sensación de participar en ella.

Todo lo que llevamos diciendo nos conduce a captar, cada vez con mayor claridad, la responsabilidad que tenemos en el desarrollo de nuestro quehacer cultural. Hemos dicho que, para nosotros, la cultura es la forma en que cristaliza nuestro deseo de integrarnos en el destino de la Humanidad, a través de un eficaz *diálogo*; así, si sólo pretendemos conocer la *imagen del mundo* no se produce el diálogo, ya que nuestro cometido se reduciría entonces a una alucinante actitud de escucha. El mundo hay que hacerlo, y nuestra respuesta consiste en una entrega abnegada y entusiasta a la participación en la creación del mundo en que estamos y en el que queremos estar. Se trata, pues, de adoptar posiciones *críticas*.

n) *Verdadero sentido de la crisis de la cultura*

Conviene precisar lo que entendemos por *crisis de la cultura*. Las más de las veces, la interpretación que se da a la palabra *crisis* es desconcertada y angustiada. Parece como si se tratara de una agobiante reclamación de confusas motivaciones, con intensa carga de poder alienante de todo lo que sea responsables planteamientos y que, por ello, conducen a la más desastrosa despersonalización. Cabe hablar así de la *abdicación del yo como compromiso* como lo ha hecho Cioran, repre-

sentante destacado del pesimismo como forma de interpretación histórica. No conviene olvidar, en razón de justicia, que, según propia confesión del filósofo rumano, “cuanto vio en derredor suyo le recordó la muerte. Los entusiasmos ajenos y las verdades ajenas dejaron tras de ellos el suelo sembrado de cadáveres”. Toda la experiencia de su personal tragedia, trascendida de angustiosas situaciones políticas, pueden justificar, en cierto modo, sus desoladoras conclusiones: “Odiarlo todo y odiarse a uno mismo y, con dialéctica inexorable apartarse de todo el mundo y autocompadecerse.”

Es claro que, aunque reconozcamos la importancia de tal interpretación de la crisis de la cultura, no es éste el aspecto, que nos importa ya que, en resumen, supone considerar a la Historia “como una sucesión de mitos mantenidos por el fanatismo y temperados por la indiferencia”.

La situación *crítica* responde a una inestabilidad oscilante entre varias directrices a impulsos de fuerzas encontradas casi equilibradas. Por eso dentro de la dialéctica de Ortega, la *crisis* es “la experiencia del tránsito de vivir en dos creencias, sin sentirse instalado en ninguna”. Esta interpretación vital de la *crisis* nos conduce al hecho fundamental de que justamente toda tarea cultural es esencialmente crítica. La pretensión o vocación colectiva de la Humanidad se va cumpliendo a través de la quiebra de las creencias básicas mediante saludables *innovaciones* en la estructura social, merced a la aparición de nuevos ingredientes de relevante vigencia. Esto supone la apertura a sentidos configurantes del tiempo funcionalmente reclamado por un futuro más amplio y generoso. En este sentido, parece oportuno recordar lo que para Marías es la crisis: “Hablar de crisis no es simple denuncia del fin de una época, sino más bien definir su ingrediente fundamental; una *pretensión* o *vocación* abierta y libre.”

Ahora bien, es evidente que el cumplimiento de la *vocación*, en cuanto realización personal enmarcada en compromisos de signo colectivo, constituye el contenido de una experiencia de felicidad. Conviene reparar en el hecho de que, al ser la *vocación* una consecución, también es una renuncia, y por ello no cabe hablar de una felicidad integralmente lograda, sino más bien de una felicidad *incoada*. En otros términos, se trata de una superación de situaciones de angustia

motivadas por la radical pretensión de ser feliz. Por ello el descontento en el hombre es sustantivo, a causa de que su vida es una esperanza respecto a lo que puede dar de sí la búsqueda de la felicidad, no siempre alcanzada.

El verdadero y último sentido de la tarea cultural podría concretarse en la eficaz definición de las estructuras que hagan posible las realizaciones de las pretensiones vitales concretas, y en hacer posible de esta forma el acceso a la felicidad, con lo cual quedan culminados los más importantes compromisos de la conciencia humana.

En este orden de ideas cabe hablar, según las más decisivas alusiones a las réplicas pesimistas de las crisis culturales, de la felicidad social de la colectividad humana como culminación de pretensiones de entrega a la amorosa comprensión en la que radica la experiencia de una unidad compatible con la variedad que rige las singularidades personales. Se trata, en definitiva, de una pretensión social que surge, amparándolas, de las pretensiones individuales, entrelazadas por el sublime nexo de la libertad, grado tangible de una auténtica convivencia.

Ante nosotros se abre una concepción estética de la vida, que al ser la vida misma encarna el deseo de dialogar con la Humanidad a través de los mensajes del arte y la ciencia en su eterna reclamación de vivir con toda plenitud el sentido de la unidad. En esto consiste la culminación de todo optimista deseo de sentir la felicidad como algo que sólo se obtiene a través de eficaces y sublimes participaciones convivenciales.

o) *Utopía y Metaeconomía*

El diálogo con la Humanidad, es decir, la actitud esencialmente cultural, en un ambiente de crisis, se nos ofrece como una interpretación *utópica* de nuestro actual y responsable existir abierto a las exigencias superadoras de la vida humana. En efecto, cuando hablamos en términos de *utopía* pretendemos una dinámica síntesis de ingredientes de *denuncia del pasado* y de *esperanzado anuncio del porvenir*, elaborada en la *praxis del presente histórico*. Esto nos conduce a la profunda convicción de que la utopía supone un conocimiento auténtico y científico de la realidad y de la praxis de su exigida transformación, culmi-

nando el sublime intento de un nuevo tipo de hombre. Este tipo de hombre supone una plenitud en el dominio de su racionalidad, es decir, la más auténtica definición de su libertad como superación de las limitaciones impuestas por su contorno.

Es evidente que estos planteamientos exigen la definición de una congruente metodología. En efecto, el hecho de que el individuo realice su humana existencia en el mundo en que se encuentra inmerso y, por ello, formando parte del mismo mundo, lleva consigo que no se aparezca de forma inmediata y clara lo que es fruto de la influencia del entorno sobre el individuo y la de éste sobre aquél.

Es necesario, por lo tanto, plantear la cuestión en un ámbito, en algún modo, previo, en el cual aparezcan debidamente distribuidos el individuo y su entorno con sus respectivas influencias. Por ejemplo, no se tratará de un fenómeno físico, este planteamiento nos conducirá a una *meta-física*. De forma análoga, el fenómeno económico precisará para su estudio de la *meta-economía*.

El estudio pues, del fenómeno económico a través del planteamiento meta-económico, hace esperar que la economía deduzca sus objetivos y propósitos del estudio del hombre como sujeto activo, y del estudio de la naturaleza lo más importante de su congruente metodología.

En este orden de ideas conviene hacer una breve mención a los peligros que se pueden presentar cuando se hacen prevalecer los aspectos *cuantitativos* sobre los *cualitativos* en los medios materiales que ofrece la naturaleza. Ha sido el profesor Phelps Brown el que al expresarse en el sentido de que los progresos visibles de la economía en los últimos veinticinco años apuntan en la dirección de la cuantificación a expensas de la comprensión de diferencias cualitativas, ha denunciado el peligro de prescindir del juicio estimativo del hombre. Éste es un caso de incongruente aplicación del saber científico, al ser sobrepasados sus naturales límites, convirtiéndose, por ello, en perjudicial.

p) *Empresarialidad*

Esta forma de contemplar el fenómeno económico en el marco del comportamiento humano definido en su ámbito natural es una forma de *utópica* racionalidad, que designaremos por *empresarialidad*.

Se hace necesario que quede establecido con la mayor claridad posible el carácter distintivo del comportamiento que podríamos llamar “empresarial” respecto de cualquier otro comportamiento humano.

De acuerdo con las aportaciones en el campo de psicología social, como ya señaló Robbins en su obra fundamental “Ensayo sobre la naturaleza y significado de la Ciencia Económica”, escrita en 1932, “todo hombre puede ser estudiado como si se enfrentara a un problema económico”, entendiendo por tal el de seleccionar los tipos de acción que aseguren la obtención del mayor número de objetivos categóricamente ordenados, dentro del marco definido por unos medios totalmente determinados. Según este planteamiento, el comportamiento humano se reduce a la construcción de un “modelo” que garantice la máxima eficiencia en la consecución de los fines. De acuerdo con esto, el aspecto económico de la actividad humana queda definido en términos de distribución de medios escasos entre fines que compiten entre sí mismos.

El hecho de suponer que los medios sobre los que ha de actuarse con criterios de racionalidad, es decir, de máxima eficacia son dados, parece excluir la posibilidad, por otra parte necesaria, de que en el origen de todo proceso económico existan elementos exógenos que han de incidir de forma forzosa en una serie cambiante de medios disponibles. Como consecuencia de esto parece que no tiene sentido el pretender estudiar el comportamiento humano, en todo su dinamismo económico, como una aplicación óptima de medios prefijados para obtener los fines previamente jerarquizados.

Una réplica importante, desde el punto de vista socio-económico y aún de carácter más ampliamente humano, a las limitadas consideraciones de Robbins, ha sido producida por von Mises, al definir la acción humana que no se limita a una decisión en un marco de fines y medios dados, con criterios maximizadores, sino que, además, refleja la propia percepción del sistema de fines y medios.

Mientras que el “homo economicus” de Robbins exige para su definición y desarrollo de una imagen dada del sistema de medios y fines el “homo agens” de Mises se caracteriza porque no sólo pretende la eficiente aplicación de medios congruentes a la consecución de fines jerarquizados, cuando tanto unos como otros se han identificado inequívocamente, sino que dispone del impulso y la perspicacia necesarias

para definir el entramado racional que constituye el sistema de fines y medios. La diferencia esencial, por lo tanto, entre ambas concepciones de la acción del hombre estriba en que así como la “economizante” de Robbins no se halla afectada por la tarea de identificar el sistema de medios y fines, dado su carácter previo, la “humana” de Mises produce la integración de las dos tareas: identificar la estructura de medios y fines y perseguir la eficacia óptima del sistema.

Como ha hecho ver Kirzher en su interesante tratado, “Competencia y función empresarial” (1975), el elemento característico de la acción humana, en el sentido de Mises, es la perspicacia en la determinación de la estructura del sistema de fines y medios y, por ello, el elemento empresarial en la toma racional de decisiones.

Es evidente que el elemento empresarial dota a la acción del individuo de un carácter creador y humano, que le inmuniza de cualquier alienante mecanicismo.

La decisión realizada por el hombre no podrá ser entonces interpretada sólo en términos exclusivos de maximización, consecuencia de una reacción fundamentalmente pasiva, que supone la adopción del mejor curso de acción dentro de las posibilidades permitidas por las circunstancias vigentes. La verdadera interpretación, merced al elemento empresarial, es una forma de explicitación de la perspicacia en la definición estructural del sistema integrado por fines potencialmente provechosos, hasta el presente inéditos, y por medios o recursos disponibles potencialmente valiosos, aún por descubrir.

Es evidente que cuando las circunstancias que constituyen el ambiente de la actividad de decisión se ofrecen como totalmente conocidas o unívocamente identificadas, la decisión puede ser predicha como una pretensión optimizadora, de las conjunciones que internamente constituyen la posibilidad del sistema de medios y fines. En este sentido, dentro del orden que supone el conocimiento perfecto del mundo, cabe hablar de la eficacia del análisis robbinsoniano como planteamiento racional de la teoría económica que proporciona un modelo imaginado de dicho mundo, en el cual no es preciso introducir el elemento empresarial, dado que su eficacia es incompatible con la hipótesis del conocimiento perfecto del mundo en equilibrio. El empresario puro, como se deduce de las anteriores consideraciones, se caracteriza porque

sus decisiones surgen de su posición de permanente alerta respecto a oportunidades que permanecían ocultas.

Cabe hacer una clasificación entre los individuos en robbinsonianos, cuyo comportamiento es de maximización sobre la base de un perfecto conocimiento, y empresarios puros, cuyas decisiones se apoyan en el descubrimiento, por una parte, de lo que puede adquirirse mediante la explotación de circunstancias, y, por otra, de las oportunidades surgidas en el ámbito de las operaciones reales llevadas a efecto por los poseedores de las cosas que pueden ser objeto de transacciones y practican sus decisiones dentro de mecanismos maximizadores.

Esta clasificación responde a una de las categorías en que puede formalizarse la esencia de la empresarialidad, a la que hemos distinguido ya con el término perspicacia.

En efecto, la empresarialidad puede surgir, y en la mayoría de los casos así sucede, como una forma de explotación del conocimiento de las cosas por parte de aquellos que lo poseen en mayor grado. Ahora bien, parece lógico pensar que aquellos que poseen un conocimiento inferior pretendan corregir los efectos de su ignorancia, y entonces se produzca, siquiera fuera en términos de creciente aproximación, una situación de conocimiento perfecto por parte de todos, no teniendo lugar entonces una pura empresarialidad. De esto se deduce que lo que de verdad importa no es tanto el conocimiento de los datos sustantivos, como el saber dónde encontrarlos, es decir, perspicacia. Por ello, insistiremos en que el elemento esencialmente empresarial de toda acción humana deberá expresarse en términos de perspicacia ante la información, más que en la información misma. No se trata, en última instancia, de conocer más y mejor, sino de saber buscar el conocimiento, de ser perspicaz.

Por ello, cabe incluir en el propio concepto de perspicacia su radical dinamismo en cuanto su desarrollo se manifiesta en expresiones de esencial descubrimiento de nuevas y más potentes informaciones y la eficaz forma de utilizarlas. Este esencial dinamismo que comporta el elemento empresarial permite hablar de procesos de aprendizaje generado por la experiencia que ofrecen las propias decisiones del empresario. En efecto, cabe considerar una sucesión de decisiones distintas del mismo individuo como una secuencia en la que cada decisión se hace

comprensible como resultado lógico de una decisión previa. Así resulta posible que se pueda producir un cambio en la estructura del sistema de fines y medios, aunque no aparezca explícitamente ningún cambio por motivos exógenos.

En este orden de ideas cabría incluir, dentro de una interpretación dinámica la perspicacia, como elemento esencial de la empresarialidad, y como una manifestación, por lo tanto, del comportamiento utópico que supone el anuncio eficaz del porvenir, el carácter de innovación, que Schumpeter presenta como esencial categoría de la definición del empresario.

Pero es importante señalar que la actuación del empresario, según Schumpeter, lleva consigo una alteración del equilibrio del sistema económico, engendrando en el cambio nuevas oportunidades. Ahora bien, como quiera que dicho autor supone que el sistema inicia su funcionamiento en posición de equilibrio y cuando éste se pierde por efecto de fuerzas puramente mecánicas tiende a recobrarlo, la tarea empresarial aparecerá como fundamentalmente desequilibradora. Lo cierto es, sin embargo, que la actuación del empresario es una respuesta eficaz a las exigencias del sistema radicalmente afectado por decisiones erróneas y oportunidades perdidas. No se trata, como hace ver Schumpeter, de una fuerza exógena que rompe una situación de equilibrio, sino, por el contrario, de un estar alerta a las oportunidades que esperan ser descubiertas para ser adecuadamente aprovechadas, y, por lo tanto, no se trata de crear oportunidades, sino de descubrirlas y aprovecharlas. Todo esto nos lleva a afirmar el profundo sentido equilibrador de la actuación del empresario, cuyo propósito, pues, en virtud de su perspicacia más que cambiar las estructuras, detecta su cambio y actúa en consecuencia.

En este sentido cabe asegurar que toda actividad humana se desarrolla en un ambiente de incertidumbre y, por ello, supone la asunción, en alguna forma, de riesgos, cuya compensación lleva consigo un beneficio, que viene a ser la consecuencia de la eficaz intuición de una perspectiva de posibles oportunidades. Se trata de una utópica explotación de la perspicacia.

En este sentido cabe señalar la importancia tan extraordinaria que tiene el elemento empresarial de la actividad humana, en lo que se re-

fiere al verdadero concepto de progreso, el cual no puede significar la mayor satisfacción de necesidades y deseos antiguos, sino más bien de un ensanchamiento de expectativas y aspiraciones; una nueva opción, en definitiva.

El hombre de empresa puede definirse como el organizador de la "innovación" tecnológica, es decir, capaz de convertir sus intuiciones en tecnología y su comportamiento se traduce en una pragmática aceptación de lo nuevo.

Resulta claro que no se podrá hablar de la posibilidad de eficaces acciones empresariales, sin que deba hacerse una especial alusión al papel que ocupa la actividad científica, como ingrediente fundamental de toda acción racional, proyectada hacia la innovación. El hombre de ciencia, no sólo competente, sino también productivo, concentra sus conocimientos en orden a crear algo nuevo, que suponga la consecución de grandes objetivos, que se traducen en situaciones de verdadero progreso humano. En esta relación entre ciencia y empresarialidad consistirá, en definitiva, la eficacia de las verdaderas conductas utópicas que producen el anuncio esperanzador de un futuro más justo, y, por ello, más humano.

Una interpretación subyacente de este sentido opinático y utópico de la empresarialidad, como dimensión trascendente e integradora de toda acción humana, es la explicitación de la posición radicalmente relativa del hombre frente a las formulaciones absolutas de la verdad y del bien. El hombre, esencialmente falible y, por ello, desfalleciente, no puede atribuirse patrimonios absolutos. Verdades y bienes, errores y maldades aparecen contrapesados en el quehacer plurivalente de la humanidad. La única solución al problema de hacer compatibles la polícromía del pensar individual y la vivencia de un común destino, es la amorosa comprensión de cada uno para las ideologías y actitudes profesadas por los demás. Se trata, en definitiva, de una superación de las disposiciones contenidas en una credibilidad humana que aparece a manera de una resonancia de la propia intimidad como vivencia de las ideas sinceramente profesadas.

En ese tener en cuenta la opinión de los demás para potenciar realmente la propia, estriba el diálogo de ideologías, como fecunda experiencia del sentir verdaderamente convivencial y, por ello, esencial-

mente humano. La perspicacia en los cambios estructurales del entramado de comportamientos individuales conduce a una fecunda distinción entre las ideas o verdades de absoluta intemporalidad, y las ideologías y actitudes de circunstanciada temporalidad.

Sabemos que la ideología es un sistema coherente de ideas aplicado a unas circunstancias históricas. Por ello, su efecto se traduce en una concupiscencia de poder que motiva la más intensa alienación. Así, pues, mientras las ideas y verdades convierten al hombre en un creador, en un sujeto personal, las ideologías las más de las veces le convierten en un número integrador de la masa cosificada.

La única forma, según ya hemos indicado, de liberar al hombre de la influencia alienante de las ideologías consiste en el encuentro de las ideas y verdades envueltas en aquéllas. Pero esto requiere un elemento de opinión, que se traduzca en un eficaz y comprensivo diálogo, en el que no sólo se ofrezcan los contrastes, sino que, a través de ellos, se subraye la idea en su más amplio sentido captativo. Éste es el ciclo propuesto por Gabriel del Estal: fe es convicción. Convicción es seguridad de convencer. Convencer es compromiso de diálogo. Diálogo es concordia.

Esta forma de pretender el diálogo como una exigencia de superación es también la garantía de que la humanidad camina hacia su trascendental y esperanzador destino.

Consecuentemente el hombre dotado de este sentido de “empresarialidad”, en su dialogante realización, incorpora el sentido de lo económico como una forma de convivencia dentro de las radiales exigencias de la perfección total como vigencia de un orden de Justicia y Paz.

He dicho.

DISCURSO DE CONTESTACIÓN POR EL ACADÉMICO DE NÚMERO
EXCMO. SR. DR. D. MARIO PIFARRÉ RIERA

EXCELENTÍSIMO SEÑOR PRESIDENTE:
EXCELENTÍSIMOS E ILUSTRÍSIMOS SEÑORES:
EXCELENTÍSIMOS SEÑORES ACADÉMICOS:
SEÑORAS Y SEÑORES:

Si las iniciales palabras de gratitud pronunciadas por el profesor, Excmo. Sr. Dr. don Ángel Vegas Pérez, no eran rituales, ni debidas a exigencias de la costumbre, sino a su consistente y humana sinceridad permanentemente testimoniada por muchos años de amistad y deuda científica, tampoco mis palabras, empañadas de emoción, al contestar en representación de nuestra Real Corporación, a su discurso de ingreso "La empresarialidad en la crisis de la cultura", no son el exponente tradicional de una costumbre de solemnizada cortesía, sino que representan el cúmulo de íntima satisfacción, la expresión máxima del sentimiento de afecto y la constatación explícita y pública de la profunda admiración científica profesada por quien orgullosamente se declara antiguo alumno al dar la bienvenida a tan brillante y docto Maestro.

Sin embargo, el deber de gratitud que me honra al poder realizar esta contestación, no puede hacerme olvidar mis limitaciones en el tratamiento de tan importante tema científico que, ciertamente, no es de mi especialidad.

Desde la óptica del discípulo, que jamás he dejado de serlo, puedo afirmar que vincular de una manera definitiva a nuestra Corporación a una personalidad tan destacada como la del doctor Vegas, permite augurar meritorias realizaciones en el quehacer altamente científico de nuestra Real Academia, quehacer que en su acerbo común demanda de continuas y fecundas aportaciones como la meritísima que hemos recibido de su profundo y magistral Discurso.

El doctor Vegas es uno de aquellos economistas y sociólogos que sólo, de tarde en tarde, emergen a la comunidad científica. Profesor que no sólo tiene un profundo y exhaustivo conocimiento de su espe-

cialidad académica, en este caso la Estadística Actuarial, sino también un no menos amplio conocimiento de Humanidades, Teoría de la Ciencia, Metodología, y otras muchas ramas del campo de las Ciencias Sociales. En su actividad investigadora sabe unir, con infinito esmero, las necesidades de la Técnica con los más puros valores de la Ciencia, siendo sus cerca de cien publicaciones, divididas en los más polifacéticos campos de investigación, el estadístico, el matemático, el económico, el filosófico y el social, el más claro exponente de rigor matemático, del sentido humano de la ciencia y la más evidente muestra de una arraigada conciencia social.

Dentro de esta línea se encuentran sus trabajos de investigación en lo sociológico y lo económico y también sus obras de carácter docente como son sus libros: "Matemáticas para Economistas" y "Estadística: Aplicaciones Actuariales y Econométricas".

Sus títulos académicos de Intendente Mercantil, Actuario de Seguros, Doctor en Ciencias Económicas, Diplomado en Estadística y Licenciado en Ciencias Exactas, le llevan a desempeñar infinitos cargos con proverbial entrega y eficacia, entre los que se destacan:

- Catedrático de Matemática Financiera.
- Catedrático de Estadística Matemática, en la Escuela de Altos Estudios Mercantiles de Madrid.
- Catedrático de Estadística Actuarial, en la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad Complutense.
- Profesor de la Escuela de Estadística.
- Profesor y Subdirector del Instituto de Estadística e Investigación Operativa.
- Profesor del Instituto de Estudios de Administración Local.
- Director del Departamento de Estadística de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Complutense.
- Decano de la misma Facultad.
- Miembro Numerario del Instituto Internacional de Estadística.
- Vicepresidente del Consejo Nacional de Educación.
- Presidente de la Fundación Nacional de Arte Lírico.

Todas estas continuas actividades académicas e investigadoras le han acreditado un gran prestigio científico internacional, pasando a ser

Miembro de la Comisión Constitucional de la División Demográfica de la ONU y le han permitido transmitir su inmenso saber a muchas Universidades y Foros Internacionales, mediante cursos, conferencias y ponencias presentadas a múltiples Congresos internacionales, obteniendo numerosas condecoraciones, entre las que figuran la de Comendador con placa de la Orden de Isabel la Católica y la de Comendador con placa de la Orden del Mérito de la República Italiana.

El espíritu generalista que aflora permanentemente en la magnífica disertación del doctor Vegas dibuja, poco a poco, el concepto de empresarialidad en un contexto cultural y hasta cosmológico. No habla del empresario, ni de su función técnica, desde la perspectiva a la que hoy políticos y gobernantes nos tienen acostumbrados, sino desde y dentro de su comportamiento en el contexto de la Teoría del Conocimiento y de la Ciencia, y es únicamente en esta dirección, en la búsqueda de la generalización y entronque socio-cultural de cualquier parcela del saber, cuando el hombre puede satisfacer sus deseos de conocimiento, porque, sin duda, “El hombre es ansia de plenitud con experiencia de limitación”.

Cuando en el capítulo de “Humanidad y Convivencia” el doctor Vegas afirma que “la vida humana aparece, entonces, como una realidad de carácter estimativo condicionada, y también condicionante del horizonte del mundo”, se está refiriendo, sin duda, a que el conocimiento por el hombre de la realidad empírica y social no es desinteresado, sino que con él se busca actuar sobre la propia realidad, modificándola, orientándola o perfeccionándola, mediante “esquemas de participación” y “formas de permanente convivencia”, dentro de un sistema de estimaciones, radicalmente variante en el tiempo, a causa del acontecer histórico de la propia vida humana.

Como decía el filósofo el deseo de conocer, con carácter estimativo y experiencia de limitación, está profundamente arraigado en la naturaleza humana, de forma tal que en todo hombre existe una necesidad continua y vital de hacerse preguntas y de hallar respuestas para ellas. Se interroga sobre sí mismo, sobre el sentido de su vida, sobre su fin, sobre su tarea en el mundo. Se pregunta sobre los demás entes del agregado social; sobre sus vidas, sus actos, sus esperanzas, sus inquietudes y sus preocupaciones. En el devenir de la vida humana, quie-

re conocer el pasado, para entender el presente y para prever el futuro, porque, como afirma Erich Schneider, el conocimiento del pasado sólo sirve para configurar el futuro. Le preocupa la ignorancia de la que intenta salir; le molesta el error, que intenta superar; le atrae la verdad, que quiere captar y hacer suya. Es, como indica sagazmente el doctor Vegas, “la *superación* de la naturaleza; el triunfo sobre un escollo, una distensión relajante de las tensiones del contorno vital”. En esta carrera en busca del conocimiento, todo hombre recorre las huellas de otros hombres a través de procesos *miméticos*; recibe testimonialmente el bagaje histórico de los que le precedieron, e intenta angustiada y desesperadamente proyectarlo sobre los que le siguen, llegando tan lejos del punto de partida como le sea posible, y construyendo *irracional*, estimativamente y tal vez inconscientemente experiencias vitales sobre los cimientos que le han legado las generaciones anteriores. La inquietud del hombre por la verdad, por “su verdad” como realización *programática*, le lleva a replantearse los fundamentos, al propio tiempo que añade su ladrillo, grande o pequeño, al edificio del saber de la humanidad y de la historia.

Pero la humanidad, en este edificio del saber esencialmente social, viene definida en la dialéctica orteguiana por un *sistema de vigencias*, de adhesiones o de discrepancias “con variaciones o permanencias en el tiempo”, dando lugar a las ideas y creencias, unas cuestionables por derivar de procesos intelectuales siempre perfectibles o verificables, y otras incuestionables por reposar en sí mismas y derivar de interpretaciones de la realidad con la que se desenvuelve la vida. Es decir, algo así como lo que afirmara Bertrand Russell en su obra “Análisis de la Materia” (1): “Las Leyes científicas (las ideas cuestionables), *cuando tenemos razones para suponerlas exactas*, son diferentes en su forma de las reglas del sentido común (las creencias cuestionables) que tienen excepciones”, o lo que también afirmara Ernest Mach (2) al decir que: “Las leyes (naturales) son restricciones que, guiados por la experiencia, prescribimos a nuestra previsión de los fenómenos.”

Al tratar de la humanización dialogante y su mensaje cultural, el

(1) “Análisis de la Materia”, pág. 199.

(2) “Conocimiento y error”, Espasa Calpe, pág. 294.

doctor Vegas manifiesta un profundo deseo de conocer, e intuye la infinidad de preguntas y respuestas que se formula el hombre en la construcción del mundo y su específica imagen conforme a sus gustos y exigencias planteadas, por lo general, en términos de porvenir, llegando a definir brillantemente la relación del individuo con la historia de la humanidad, como un diálogo cultural del hombre con la propia humanidad, dotando a esta relación de un profundo sentido humano, del que el doctor Vegas nunca puede prescindir. Y este sentido y no otro es el de las Ciencias Sociales de las que él, aún cultivando las disciplinas formales, matemática y estadística, es un gran conocedor y maestro.

Es frecuente tratar a las ciencias sociales, que son aquellas que estudian las conductas y experiencias humanas en su dimensión social, como si tuviesen un nivel o "status" inferior al de las ciencias físicas y biológicas. Por supuesto, esta postura no es general, pero sí corriente entre los científicos de la naturaleza que tratan, a veces despectivamente, a las ciencias sociales como categorías inferiores por razones de pura metodología científica, ignorando el infinito valor de la dimensión humana (1).

En efecto, las ciencias sociales tienen por objeto de estudio al hombre, sus acciones, sus relaciones y también el acontecer social globalmente considerado. Las ciencias sociales, como expone Gibson, "se interesan por los modos según los cuales los hombres se influyen mutuamente (*mimesis*), los efectos recíprocos de unos sobre otros, las interacciones que tienen lugar entre ellos", dando lugar a "formulaciones intelectuales que habrán de influir en la humanización del propio mundo".

En las ciencias sociales, como en casi todas las demás, la práctica ha precedido a la teoría. Durante siglos se confundieron las ciencias sociales (positivas) con la filosofía social y moral (normativa); hasta los siglos XVIII y XIX no nació una ciencia social autónoma. En el siglo XIX dominaba ya claramente la concepción de la misma como una ciencia propiamente dicha, con plenos derechos. El gran promotor de las ciencias sociales positivas fue Augusto Comte (2) en su "Cours de Philo-

(1) Como expone Russell L. ACKOFF en su: "Scientific Method and Social Sciences: East and West".

(2) A. COMTE, "Cours de Philosophie Positive", París, 1830-1842.

sophie Positive”. A él debemos la palabra “sociología” que se aplica a la más típica de las ciencias sociales; fue él quien delimitó el campo de las mismas y quien recalcó su aspecto positivo, pese a lo cual, se encuentran en sus escritos frecuentes referencias de tipo normativo. Posteriormente, el marxismo viene a ser la primera formulación o teoría general de las ciencias sociales: en él se mantiene la unidad de las ciencias sociales reconocida por Comte, Durkheim y otros padres de estas ciencias; pero esa unidad desaparecerá en el siglo xx, al desmembrarse las distintas ramas. Ya en el siglo xviii se habían desgajado la economía, la demografía, la sociología de la historia y otras. Hoy en día predomina una gran especialización en estos campos del saber; se evita la formulación de teorías generales de las ciencias sociales, y más bien se tiende al aislamiento de las distintas disciplinas (1). No hay, en el fondo, una ciencia social; sólo hay ciencias particulares, y estas ciencias particulares no constituyen, de ningún modo, una estructura unitaria. La relación entre estas disciplinas es muy diversa; su aparición se debe, generalmente, a una necesidad sentida en algún momento y a la influencia de algún científico famoso; cada ciencia se mantiene por su unidad de contenido o de método y no suele haber coordinación entre ellas.

Después de estudiar con detalle la dimensión social del hombre en sus *esquemas de convivencia y participación*, el doctor Vegas pasa a analizar intensa, científica y certeramente la *dimensión temporal* en sus conceptos de duración como medida de la propia realidad que ha tenido cabida en ella, distinguiendo magistralmente entre tiempo interior y tiempo exterior (cronos), que se mide corrientemente mediante reloj. Señala asimismo, muy acertadamente, la conveniencia de considerar la duración de las *vigencias* implícitas en la imagen intelectual del mundo como tiempo interior y los fenómenos físicos y naturales a través de una duración (cronológica) o tiempo exterior; y entiende la actualización no como una “introducción en el túnel del tiempo”, sino como un intento de “vivir el pasado en el presente”, seguramente en la misma línea del positivista Augusto Comte cuando afirmaba: “para poseer una Ciencia (un conocimiento humano convivencial) es preciso conocer su Historia”.

(1) “Métodos de las Ciencias Sociales”, Ariel, Barcelona, 1962.

En el capítulo dedicado al presente cultural, el profesor Vegas destaca el proceso de formación de la imagen del mundo físico a través de una “inexorable tendencia a la más acusada abstracción”. Y ello no podía ser de otra manera, porque en la persona del recipiendario, y por ende en el trabajo que nos ha leído, se dan plenamente las notas características que definen a la ciencia y al científico, y en aproximado paralelismo a los conceptos de ciencia y científico se contraponen el binomio *sabiduría* y *sabio*, de manera que cabría hablar en los primeros períodos de construcción de la ciencia de una *personalización* de la sabiduría, pero en la medida que “la investigación del mundo físico va adquiriendo mayor complejidad” se tiende a la *despersonalización* de la sabiduría. Aquellas notas características o fases, aludidas anteriormente son, entre otras, las siguientes: la abstracción, generalización, explicación, objetividad y el neutralismo ético.

La labor de observación y análisis de la realidad resulta, sin embargo, imposible y estéril sin la *abstracción*: la descripción detallada de la realidad deviene inútil, por abrumadora e inmanejable, para la explicación que con la ciencia se pretende. De ahí que se haya llamado a la abstracción, “el modo de conocimiento básico de toda ciencia” (1), todo ello a pesar del “profundo temor de Goethe a todo lo que fuera abstracción; ¿quién sabe si por su permanente culto a la belleza de la forma?”, se pregunta el profesor Vegas.

El resultado de la abstracción es un “modelo” que, como señala Baumol, es “una versión a escala reducida, menos ambiciosa” de una situación o un fenómeno que es el objeto último de la atención del analista”, ó, según Leclercq, “un conjunto de informaciones ordenadas en un todo, o un objeto conocido que puede servir, por su similitud con el objeto a estudiar, para simplificar el estudio de este objeto” (2).

R. HARRÉ en su “An Introduction to the logic of Sciences” (3), define la *generalización* como: “Una proposición que dice algo acerca de todos los elementos de una clase, o de una clase como un todo, se llama una generalización. El proceso de aplicar un cierto predicado a todos los miembros de una clase que tienen una determinada propiedad es

(1) J. FERRATER, “Diccionario de Filosofía”, Buenos Aires, 1965.

(2) R. LECLERQ, “Traité de la methode scientifique”, París, 1964.

(3) Obra citada, Londres, 1960.

la generalización.” De esta misma definición se deduce la importancia que tiene la generalización en el ámbito de la ciencia; con palabras de REICHENBACH, “la esencia del conocimiento es la generalización. La generalización es, pues, el origen de la ciencia”.

Contra la inapelable tendencia a la generalización, el profesor Vegas apunta, muy certeramente: “Parecía como si la pretensión fundamental de los eruditos fuera la determinación de géneros próximos y diferencias específicas”, en un intento de reducir a sistema la inmensa variedad de fenómenos.

Pero aquellas fases o notas características de la ciencia, se producen por reacción en cadena. Las ciencias sociales intentan no sólo conocer la realidad empírica de las distintas vigencias a través de la experiencia, sino también explicar los acontecimientos o actuaciones humanosociales y, por tanto, quieren saber además del qué, cuándo y dónde, el porqué de los fenómenos que investigan. “La generalización es la verdadera naturaleza de la explicación.” Y resulta pues obvio que la generalización no es posible sin la abstracción. He aquí la reacción en cadena.

Si el núcleo de la ciencia es la generalización, su objetivo es *la explicación y la predicción*. Etimológicamente, explicar es desenvolver lo envuelto, hacer presente lo oculto, hacer claro lo confuso. Desde el punto de vista científico, explicar equivale a establecer leyes invariantes, funciones orgánicas o regularidades; en definitiva, según señala HARRÉ, “dar una explicación es dar las razones de un evento. La explicación científica pretende dar razones de los sucesos que son independientes del capricho humano” (1).

Merced a la generalización se puede también *predecir*, esto es, según señala HEGENBERG en su “Introducción a la filosofía de la ciencia”, “hacer derivar un enunciado a propósito del acaecimiento de un fenómeno en el futuro” (2). El paralelismo entre los elementos integrantes de una explicación y los de una predicción sugiere que una y otra no son sino las dos facetas de un mismo fenómeno, referida una a hechos pasados y otra a hechos futuros. En este sentido REICHENBACH califica a una de “postdicción” y a la otra de “predicción”.

(1) R. HARRÉ, obra citada, pág. 25.

(2) L. HEGENBERG, “Introducción a la filosofía de la ciencia”, Barcelona, 1969, pág. 128.

A través de la *objetividad* el científico intenta entender el sentido de la historia, y dominar la naturaleza a través del conocimiento. En esta tarea se apoya en lo que otros hombres han logrado, sea con sus aciertos, para construir a partir de ellos, o con sus errores, para evitarlos.

HAGENBERG declara que el conocimiento científico tiene como nota característica la objetividad: "tiene como meta ser fácticamente verdadero, y lleva a cabo ese propósito por medio de un peculiar tratamiento de los hechos, que consiste en observaciones y experiencias controlables y, hasta cierto punto reproducibles".

La nota de la objetividad es altamente significativa en el campo de las ciencias sociales, ya que en ellas el científico está inmerso en las vicisitudes del mundo estudiado, *influyendo* en el mismo y siendo *influido* por el mismo, en un grado mucho mayor que en la investigación de carácter físico o químico.

La última nota del conocimiento científico, el *neutralismo ético*, determina que el investigador que construye la ciencia no establezca juicios de valor sobre los hechos, ni tampoco prescripciones,

A continuación, y con un verdadero alarde de conocimientos físicos y matemáticos, el recipiendario se plantea en su disertación, todo el entramado de problemas vigentes y actuales de la imagen cosmológica del mundo y las crisis que le atañen, problemas en los que nosotros no estamos en condiciones de entrar, tanto por razones de desconocimiento científico como por la obligada pobreza que asumirían nuestras consideraciones.

Pero en relación con el capítulo destinado a la crisis de la cultura, sí es conveniente resaltar la postura del sabio EINSTEIN después de formular su revolucionaria teoría de la relatividad en función de la revisión de la estructura espacio-tiempo. Efectivamente EINSTEIN afirmaba: "La fisión del átomo lo ha cambiado todo, menos nuestras maneras de pensar; por esto vamos en pos de una catástrofe sin precedentes". Es decir, la inmutabilidad ideológica de *nuestras maneras de pensar* frente al ingente, cambiante y progresivo desarrollo científico, físico y cosmológico, *destroza* los modelos tradicionales de equilibrio sociológico, *rompe* los esquemas de participación y las formas de convivencia, a base de creencias que consideramos erróneamente incuestionables, y *puede* invalidar el conveniente método del tiempo interior para medir

los sistemas de vigencias, lo que parece, en este contexto, conducir necesariamente a aquella catástrofe sin precedentes cuya predicción se atribuye al gran sabio físico-matemático.

Una versión menos radicalizada, dentro de estas mismas consideraciones de la crisis cosmológica, corre a cargo del célebre físico MAX PLANCK, creador de la teoría de los "cuanta", y que vivió en los años 1858-1947, cuya tesis filosófica optimista-pesimista está comprendida en una célebre frase: "La verdad jamás triunfa, pero sus enemigos perecen", frase que destila unas implicaciones sociológicas de primera magnitud en relación con los supuestos ideológicos de los esquemas de *participación* y las formas de convivencia.

El mundo físico, cosmológico, tiene una connotación natural, a saber: el mundo de la actividad política, económica, jurídica y sociológica del hombre, que se integra en el mundo social. También en este campo se producen dislocaciones, crisis y desequilibrios que es preciso restablecer por medio del progreso científico, tecnológico, económico y social y el profesor Vegas después de detectar abundantemente los problemas, apunta diversas soluciones en dirección a que el *avance* de las ciencias de carácter humano, con planteamientos antropológicos, psicológicos y hasta tensamente religiosos, podrá modificar favorablemente la imagen del mundo, justificando así a los movimientos críticos de la cultura en sus superadoras exigencias históricas.

Por otra parte, la responsabilidad de los científicos es la de captar la imagen del mundo y de sus crisis, pero además su responsabilidad alcanza también a la necesidad de explicar y transmitir en que consiste esta imagen mediante formulaciones inteligibles a través de procesos de vulgarización, "experimentando los no científicos una cierta sensación de participar" en la ciencia, porque en pura doctrina orteguiana, tan certeramente expuesta en "El tema de nuestro tiempo" (1), ya se dice que "Lo que más importa a un sistema científico es que sea verdadero. Pero la exposición de un sistema científico impone a éste una nueva necesidad: además de ser verdadero, es preciso que sea comprendido".

(1) José ORTEGA Y GASSET, "El tema de nuestro tiempo", Cita J. Blasco Martín, *Revista de Economía*, núm. 43 y 44, artículo: "Bases teóricas de la programación lineal".

Al abordar el último capítulo de su exposición, contempla el problema de la empresarialidad como el definitivo eslabón de una cadena de razonamientos basados en la imagen del mundo económico, que tan delicada y sistemáticamente ha trazado con Lionel ROBBINS al afirmar que: "Todo hombre puede ser estudiado como si se enfrentara con un problema económico" (1). Una vez más el profesor Vegas reincide en su permanente y palpitante fervor por la humanización, y culmina su discurso afirmando rotundamente que el *empresario* es un hombre de carácter creador y perspicaz, schumpeterianamente equilibrador, progresista, innovador y fundamentalmente humano; héroe y víctima al mismo tiempo, propulsor de un trascendental y esperanzador destino de prometedora y dialogante convivencia en la Paz y en la Justicia.

En este punto, después de haber reflexionado profundamente sobre las iluminantes ideas y utopías vertidas a propósito del perfeccionamiento convivencial de la imagen del mundo, sus posibilidades científicas y sus limitaciones humanas, no podemos menos que recordar las palabras que pronunciara Henri POINCARÉ en su discurso de recepción en la Academia Francesa: "El dominio de la ciencia (*y de la vida*) será siempre limitado y el misterio continuará flotando a lo largo de sus fronteras."

Sólo me resta, después de oír este excepcional discurso, expresar, en nombre propio y en el de los Excmos. Sres. Académicos, la más sincera y entrañable felicitación al Excmo. Sr. Dr. don Ángel Vegas Pérez, por su erudita exposición que con tanta precisión y oportunidad ha planteado fecundas y fértiles reflexiones sobre "La empresarialidad, y la crisis de la Cultura", basadas en un profundo magisterio que contempla tanto las técnicas funcionales como las actividades convivenciales de nuestra sociedad.

Finalmente, al testimoniarle nuestra cordial bienvenida al seno de la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras, le ruego, en aras de nuestro irrevocable respeto y devoción por la Ciencia, que este primer y nuevo abrazo ideológico con la vida trascendentalmente cultural de la Corporación, sea el hito fundamental y permanente de inte-

(1) "Naturaleza y significación de la Ciencia Económica", Fondo Cultural Económico, Méjico, 1951.

gración cognoscitiva e investigadora para el bien de nuestra Academia y el desarrollo científico, económico y sociológico, que constituyen no sólo la legítima justificación de su existencia sino también el indeclinable y sublime objetivo de la misma.

Muchas gracias por su atención.

Barcelona, marzo de 1982

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
DISCURSO DE INGRESO DEL ACADÉMICO DE NÚMERO, ELECTO ILMO. SR. DR. ÁNGEL VEGAS PÉREZ	3
INTRODUCCIÓN	5
ELECCIÓN DEL TEMA	
<i>La empresarialidad en la crisis de la Cultura</i>	8
a) Humanidad y Convivencia	8
b) Ideas y Creencias	10
c) Imagen del Mundo	13
d) Cultura	14
e) Humanización dialogante. Mensaje cultural	15
f) Tiempo y Mensaje cultural	17
g) El presente cultural	21
h) La crisis de la Cultura	22
i) Crisis cosmológica	23
j) Cibernética	26
k) Futurología	27
l) El mundo Social, Económico y Político	27
m) Responsabilidad de la Ciencia	29
n) Verdadero sentido de la crisis de la cultura	30
o) Utopía y Metaeconomía	32
p) Empresarialidad	33
DISCURSO DE CONTESTACIÓN POR EL ACADÉMICO DE NÚMERO EXMO. SR. DR. MARIO PIFARRÉ RIERA	41

PUBLICACIONES DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS ECONÓMICAS Y FINANCIERAS

- Anales de la Academia de Ciencias Económico-Financieras*, tomo I (Cursos de 1943-44; 1944-45; 1945-46; 1946-47), 1952.
- Anales de la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras*, tomo V (Curso de 1957-58), 1958.
- Anales de la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras*, tomo VI (Curso de 1958-59), 1960.
- Anales de la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras*, tomo VII (Cursos de 1959-60 y 1960-61), 1966.
- Anales de la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras*, tomo XI (Curso de 1968-1969), 1972.
- Preocupación actual por una política de familia y relación con la política económica* (Discurso por el Excmo. Sr. Pedro Gual Villalbí), 1945.
- Política fiscal* (Conferencia por el Ilmo. Sr. Don Alberto de Cereceda y de Soto), 1948.
- Ciencias Económicas y Política Económica* (Discurso de ingreso del Académico correspondiente para Bélgica, Hr. Henry de Lovinfosse), 1949.
- Balmes, economista* (Discurso de ingreso del académico numerario Excmo. Sr. Don Joaquín Buxó de Abaigar), 1949.
- La obtención y fijación de costes, factor determinante de los resultados* (Conferencia por el Excmo. Sr. Don Ricardo Piqué Batlle), 1951.
- La productividad en los negocios* (Texto de las Conferencias del VI Ciclo pronunciadas en el Curso de 1950-51 por los Académicos numerarios Ilmos. Sres. Don Jaime Vicens Carrió, Don José Gardó Sanjuán, Don José M.^a Vicens Corominas, Don Juan Casas Taulat y Excmo. Sr. Don Ricardo Piqué Batlle), 1952.
- Hacendística de Corporaciones Locales* (Discurso por el Excmo. Sr. Don Joaquín Buxó de Abaigar, Marqués de Castell-Florite), 1951.
- La Contabilidad y la política económica* (Conferencia por el Ilmo. Sr. Don Antonio Goxens Duch), 1954.
- El capital, como elemento económico-financiero de la empresa* (Discurso de ingreso del académico numerario Ilmo. Sr. Don Luis Prat Torrent), 1954.

- Las amortizaciones y el Fisco* (Discurso de ingreso del académico correspondiente, Excmo. Sr. Don Alfredo Prados Suárez), 1954.
- El gravísimo problema de la vivienda* (Discurso de ingreso del académico numerario, Ilmo. Sr. Don Luis Bañares Manso), 1954.
- El comercio exterior y sus obstáculos, con especial referencia a los Aranceles de Aduanas* (Discurso de ingreso del académico correspondiente, Excmo. Sr. Don Manuel Fuentes Irurozqui), 1955.
- Lo económico y lo extraeconómico en la vida de los pueblos* (Discurso de ingreso del académico correspondiente, Excmo. Sr. Dr. Don Román Perpiñá Grau), 1956.
- En torno a un neo-capitalismo* (Discurso pronunciado en la sesión inaugural del Curso de 1957-58 por el Excmo. Sr. Don Joaquín Buxó de Abaigar, Marqués de Castell-Florite), 1957.
- Nuevas tendencias hacia la unidad económica de Europa* (Conferencia por el Excmo. Sr. Don Manuel Fuentes Irurozqui), 1958.
- Análisis y pronóstico de la coyuntura* (Conferencia por el Ilmo. Sr. Don Antonio Goxens Duch), 1960.
- Lo social y lo económico en la empresa agrícola* (Conferencia por el Ilmo. Sr. Don Ricardo Torres Sánchez), 1960.
- Inflación y moneda* (Discurso de ingreso del académico numerario Ilmo. Sr. Dr. Don Cristóbal Massó Escofet, y contestación por el Ilmo. Sr. Dr. Don Rafael Gay de Montellá), 1960.
- Modificaciones sustantivas en el Impuesto de Derechos Reales* (Discurso de ingreso del académico numerario Ilmo. Sr. Don José M.^a Sáinz de Vicuña y García-Prieto, y contestación por el Ilmo. Sr. Don José Fernández Fernández), 1960.
- Repercusión de la depreciación monetaria en los seguros mercantiles y sociales y forma de paliarla con la mayor eficacia posible* (Conferencia por el Ilmo. Sr. Dr. Don Antonio Lasheras-Sanz), 1960.
- Un nuevo Balance. Contribución al estudio de la financiación empresarial* (Conferencia por el Excmo. Sr. Don Ricardo Piqué Batlle), 1960.
- El torbellino económico universal* (Discurso de ingreso del académico numerario Excmo. Sr. Dr. Don Félix Escalas Chamení, y contestación por el Excmo. Sr. Don Joaquín Buxó de Abaigar, Marqués de Castell-Florite), 1960.
- Contribución de las Ciencias Económicas y Financieras a la solución del problema de la vivienda* (Conferencia por el Ilmo. Sr. D. Federico Blanco Trías), 1961.
- ¿Crisis de la Economía, o crisis de la Economía Política?* (Discurso de ingreso del académico correspondiente para Italia, Prof. Dr. Don Ferdinando di Fenizio), 1961.
- La empresa ante su futura proyección económica y social* (Conferencia por el Ilmo. Sr. Don Luis Prat Torrent), 1962.
- Política y Economía* (Discurso de ingreso del académico correspondiente, Excmo. Sr. Don Manuel Fraga Iribarne), 1962.

- El empresario español ante el despegue de la economía* (Discurso de apertura del Curso de 1962-63, por el Presidente perpetuo de la Corporación, Excmo. Sr. Don Ricardo Piqué Batlle), 1963.
- Función social de la inversión mobiliaria* (Discurso de ingreso del académico numerario, Ilmo. Sr. Don Juan de Arteaga y Piet, Marqués de la Vega-Inclán, y contestación por el Excmo. Sr. Don Ricardo Piqué Batlle), 1965.
- La integración económica europea y la posición de España* (Discurso de ingreso del académico correspondiente, Ilmo. Sr. Dr. Don Lucas Beltrán), Tecnos, 1966.
- Los precios agrícolas* (Discurso de ingreso del académico correspondiente Ilmo. Sr. Dr. Don Carlos Cavero Beyard), 1966.
- Contenido y enseñanzas de un siglo de historia barcelonesa* (Discurso de ingreso del académico numerario Ilmo. Sr. Dr. Don Pedro Voltes Bou, y contestación por el Ilmo. Sr. Don Juan de Arteaga y Piet, Marqués de la Vega-Inclán), 1966.
- La información económica en la Ley de Sociedades Anónimas* (Discurso de ingreso del académico correspondiente, Ilmo. Sr. Don Enrique Fernández Peña), 1966.
- Bicentenario del inicio de la industrialización de España* (Texto de las conferencias pronunciadas en el XXII ciclo extraordinario del curso de 1966-1967, por el Excmo. Sr. Don Gregorio López Bravo de Castro, Ministro de Industria; Ilmo. Sr. Don Pedro Voltes Bou; Ilmo. Sr. Ramón Vilá de la Riva; Excmo. Sr. Don Narciso de Carreras Guiteras; Ilmo. Sr. Don Luis Prat Torrent, e Ilmo. Sr. Don Rodolfo Martín Villa, Director General de Industrias Textiles, Alimentarias y Diversas), 1967.
- Ahorro y desarrollo económico* (Conferencia por el Ilmo. Sr. Dr. Don Roberto García Cairó), 1967.
- Dinámica estructural y desarrollo económico* (Discurso de ingreso del Académico Numerario Ilmo. Sr. Dr. Don Antonio Verdú Santurde, y contestación por el Ilmo. Sr. Dr. Don Roberto García Cairó), 1967.
- La integración económica Iberoamericana* (Discurso de ingreso del académico correspondiente, Excmo. Sr. Don José Miguel Ruiz Morales), 1968.
- Los valores humanos del desarrollo* (Discurso de ingreso del académico correspondiente, Excmo. Sr. Don Luis Gómez de Aranda), 1969.
- La inaplazable reforma de la empresa* (Conferencia por el Ilmo. Sr. Don Luis Bañares Manso), 1970.
- El mercado monetario y el mercado financiero internacional* (Conferencia por el Ilmo. Sr. Don Juan Arteaga y Piet, Marqués de Vega-Inclán), 1970.
- Coordinación entre política fiscal y monetaria a la luz de la Ley Alemana de Estabilización y Desarrollo* (Discurso de ingreso del académico correspondiente, Excmo. Sr. Dr. Don Hermann J. Abs), 1970.
- La reforma de la Empresa* (Discurso de ingreso del académico correspondiente, Ilmo. Sr. Dr. Don Antonio Rodríguez Robles), 1970.

- El honor al trabajo* (Discurso de ingreso del académico correspondiente, Ilmo. Sr. Dr. Don Pedro Rodríguez-Ponga y Ruiz de Salazar), 1971.
- La rentabilidad de la Empresa y el Hombre* (Discurso de ingreso del académico numerario Ilmo. Sr. Don José Cervera y Bardera, y contestación por el Ilmo. Sr. Don Luis Prat Torrent), 1972.
- El punto de vista económico-estructural de Johan Åkerman* (Discurso de ingreso del académico de número, Ilmo. Sr. Dr. Don Luis Pérez Pardo, y contestación por el Ilmo. Sr. Dr. Don Antonio Verdú Santurde), 1972.
- La política económica regional* (Discurso de ingreso del académico de número Excmo. Sr. Don Andrés Ribera Rovira, y contestación por el Ilmo. Sr. Don José Berini Giménez), 1973.
- El entorno socio-económico de la Empresa multinacional* (Discurso inaugural del Curso de 1972-73, por el académico de número Ilmo. Sr. Don Juan de Arteaga y Piet, Marqués de Vega-Inclán), 1973.
- Posibilidades y limitaciones de la Empresa Pública* (Discurso de ingreso del académico de número Ilmo. Sr. Dr. Don José Perulles Bassas, y contestación, por el Ilmo. Sr. Dr. Don Pedro Lluch y Capdevila), 1973.
- Decisiones económicas y Estructuras de organización del Sector público* (Discurso de ingreso del académico correspondiente, Ilmo. Sr. Don José Ferrer Bonsons), 1973.
- Programa mundial del empleo* (Discurso de ingreso del Académico de número Ilmo. Sr. Don Joaquín Forn Costa, y contestación por el Ilmo. Sr. Don Juan de Arteaga y Piet, Marqués de la Vega-Inclán), 1973.
- Un funcionario de Hacienda del siglo XIX: José López-Juana Pinilla* (Discurso de ingreso del académico correspondiente Excmo. Sr. Dr. Don Juan Francisco Martí Basterrechea), 1973.
- Compartimiento de los Fondos de Inversión Mobiliaria, en la crisis bursátil del año 1970* (Discurso inaugural del Curso de 1970-71, por el académico de número, Ilmo. Sr. Don Juan de Arteaga y Piet, Marqués de la Vega-Inclán), 1973.
- La autonomía municipal: su base económico-financiera* (Discurso de ingreso del académico de número Ilmo. Sr. Dr. Don Juan Ignacio Bermejo y Gironés, y contestación por el Excmo. Sr. Don Joaquín Buxó-Dulce de Abaigar, Marqués de Castell-Florite), 1973.
- En torno a la capacidad económica como criterio constitucional de justicia tributaria en los Estados contemporáneos* (Discurso de ingreso del académico de número Ilmo. Sr. Dr. Don Magín Pont Mestres, y contestación por el Ilmo. Sr. Dr. Don Antonio Verdú Santurde), 1974.
- La administración de bienes en el proceso* (Discurso de ingreso del académico de número Excmo. Sr. Dr. Don Miguel Fenech Navarro, y contestación por el Ilmo. Sr. Dr. Don Pedro Lluch y Capdevila), 1974.
- El control crítico de la gestión económica* (Discurso de ingreso del académico correspondiente, Ilmo. Sr. Dr. Don Emilio Soldevila García), 1975.

- Consideración en torno a la inversión* (Discurso de ingreso del académico de número, Ilmo. Sr. Don José Manuel de la Torre y de Miguel y contestación por el Ilmo. Sr. Dr. Don Antonio Goxens Duch), 1975.
- La crisis del petróleo (1973 a 2073)* (Discurso de ingreso del académico de número, Ilmo. Sr. Dr. Don Ramón Trías Fargas y contestación por el Ilmo. Sr. Don José Berini Giménez), 1975.
- Perspectivas de la Economía mundial: el comienzo de una nueva era económica* (Texto de las ponencias presentadas a las Jornadas de Estudios celebradas los días 12, 13 y 14 de mayo de 1975), 1976.
- Las políticas económicas exterior y fiscal* (Discurso de ingreso del Académico de número Ilmo. Sr. Don Emilio A. Han Dubois y contestación por el Ilmo. Sr. Dr. Don Juan José Perulles Bassas), 1976.
- Liquidez e inflación en el proceso microeconómico de inversión* (Discurso de ingreso del Académico de número, Ilmo. Sr. Don Jaime Gil Aluja, y contestación por el Excmo. Sr. Dr. Don Mario Pifarré Riera), 1976.
- Sistema fiscal y sistema financiero* (Discurso de ingreso del Académico correspondiente Excmo. Sr. Dr. Don Francisco Javier Ramos Gascón y contestación por el Ilmo. Sr. Dr. Don Antonio Verdú Santurde), 1978.
- Sobre el análisis financiero de la inversión* (Discurso de ingreso del Académico de número Excmo. Sr. Dr. Don Alfonso Rodríguez Rodríguez y contestación por el Ilmo. Sr. Dr. Don José Manuel de la Torre y Miguel), 1978.
- Mito y realidad de la empresa multinacional* (Discurso de ingreso del Académico de número Ilmo. Sr. Dr. Don Mariano Capella San Agustín y contestación por el Excmo. Sr. Dr. Don Mario Pifarré Riera), 1978.
- El aborro popular y su contribución al desarrollo de la economía española* (Discurso de ingreso del Académico de número Ilmo. Sr. Don José M.^a Codony Val y contestación por el Ilmo. Sr. Dr. Don Antonio Goxens Duch), 1978.
- Consideraciones sobre la transferencia de tecnología* (Discurso de ingreso del Académico de número Ilmo. Sr. Don Lorenzo Gascón Fernández y contestación por el Ilmo. Sr. Don José Cervera Bardera), 1979.
- Aspectos económicos y fiscales de la autonomía* (Discurso de ingreso del Académico de número, electo, Excmo. Sr. Dr. Don Laureano López Rodó y contestación por el Académico de número Excmo. Sr. Don Andrés Ribera Rovira), 1979.
- El balance social: integración de objetivos sociales en la empresa* (Discurso de ingreso del Académico de número, electo, Excmo. Sr. Dr. Don Enrique Arderiu Gras y contestación por el Académico de número Excmo. Sr. Don Joaquín Forn Costa), 1980.
- El crecimiento del Sector Público como tránsito pacífico de sistema económico* (Discurso de ingreso del Académico de número, electo, Excmo. Sr. Dr. Don Alejandro Pedrós Abelló y contestación por el Académico de número Excmo. Sr. Dr. Don Ramón Trías Fargas), 1981.

Función de la fiscalidad en el actual momento de la Economía Española (Discurso inaugural del Curso 1981-82, pronunciado por el Académico de número Excmo. Sr. Dr. Don Magín Pont Mestres), 1981.

La empresarialidad en la crisis de la cultura (Discurso de ingreso del Académico de número, electo, Excmo. Sr. Dr. Don Ángel Vegas Pérez, y contestación por el Excmo. Sr. Dr. Don Mario Pofarré Riera), 1982.

